

La Ilustración



Artística



AÑO XX

← BARCELONA 22 DE JULIO DE 1901 →

NÚM. 1.021



EL DESAYUNO, cuadro de Adalberto Niemeyer. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde. 1901.)

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de poner en conocimiento de nuestros lectores que estamos terminando la impresión del tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, tercero de la presente serie, que próximamente repartiremos. Dicho tomo es el primero de la obra de Augusto T. Arcimís

Astronomía popular

DESCRIPCIÓN GENERAL DEL CIELO,

nueva edición refundida de **El Telescopio moderno**, con inclusión de todos los importantes descubrimientos efectuados hasta la fecha.

La simple enunciación del título de esta obra y del nombre de su autor, el eminente y popular astrónomo español, individuo de la Real Sociedad Astronómica de Londres, constituye su mejor alabanza. En ella se trata en forma científica, pero amena, sencilla, al alcance de los más profanos en materias astronómicas, del estudio del planeta que habitamos, del sol que nos alumbraba y de los demás astros que pueblan la bóveda celeste, del conocimiento de las leyes que en sus movimientos presiden y de los demás fenómenos que se realizan en el firmamento.

La obra de Arcimís, que irá profusamente ilustrada, será indudablemente una de las más interesantes de nuestra Biblioteca.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *Las bodas negras*, por J. Téllez y López. — *El Mentidero de Madrid (crónicas de la villa y corte)*, por E. Rodríguez-Solís. — *El otro yo*, por P. Gómez Candela. — *Nuestros grabados.* — *Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). — *Las joyas en los Salones de París de 1901*, por V. de R. — *Pista velocipédica aérea*, por D. Bellet. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *El desayuno*, cuadro de Adalberto Niemeyer. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo titulado *Las bodas negras.* — *Fuente modelada por Eduardo Beyrer.* — *Idilio*, escultura de José Piquet. — *Lucia E. Kemp-Welch en su taller pintando el cuadro «Lord Dundonald en las inmediaciones de Ladysmith.»* — *Salida del baile*, cuadro de Román Ribera. — *¡Hasta luego!*, cuadro de E. Alvarez Dumont. — *Bacante*, cuadro de Francisco Masriera. — *Cabeza de estudio*, cuadro de Gastón Linden. — *Como buenas hermanas*, cuadro de E. Vidal y Firmat. — *Monumento erigido en Viena a la memoria de Gutenberg*, obra de Juan Bitterlich. — *D. Federico Errazuriz.* — *Relojes-chateleines* de Becker y Richard. — *Pista velocipédica aérea en California.* — *El esquileo en Egipto*, cuadro de Federico Goodall. — *La danza*, pintura sobre vitela.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los enigmas que más despiertan mi curiosidad, es averiguar cómo viven los fotógrafos de oficio, ahora que tanto ha cundido y se ha esparcido la moda y la costumbre de las fotografías de afición. Verdad es que estas fotografías tienen para mí un nombre especial: las llamo *fotografías invisibles*, en vez de *instantáneas*, como suele llamarlas la gente. Invisible es lo que no puede verse, y rarísimo caso es que se vean los resultados del trabajo de los fotógrafos de afición. Siempre ha de suceder una calamidad: ó se rompe la placa, ó se agua el clisé, ó se borra, ó sale con viruelas, ó queda allí, en un rincón, guardado, sin revelar, por los siglos de los siglos. Y generalmente es esto lo mejor de cuanto puede sucederle á la víctima de tal género de fotografías. Porque si llega el caso de que las revelen y las trasladan al papel, las exclamaciones son unánimes. «Pero ¿qué es esto? ¿Cómo hemos salido? ¿Soy yo así? ¡Jesús, hija, cómo te han puesto! ¡Pero qué atrocidad! ¿Quiénes son esas? ¡Si parecemos fieras! ¡Si parecemos monstruos! ¡Ay, yo estoy negra! ¡Anda, si parezco la abuelita!» Etcétera, etcétera.

* *

En las vocaciones de aficionados, suele correr parejas el entusiasmo que siente el que las ejercita, con la severidad y la risa del público. Esta regla no se desmiente en los fotógrafos de afición. Llega á adquirir en ellos caracteres de manía el afán de rivalizar con los Nadar y los Franzen. No viven sino para la maquina y las películas. Por tomar instantáneas, las toman de las cosas más insignificantes, vulgares y baladíes, como aquellos discípulos y neófitos del naturalismo que lo describían todo sin examen ni discernimiento, y hacían el inventario de los objetos contenidos en una alacena, sin perdonar lo más mínimo. Los fotógrafos de afición «sacan» un árbol, una casucha, una fregona, un cerdo, y he visto yo, en la colección de placas de un aficionado, seis que reproducían una misma garita, delante de la misma pared rasa y desnuda de un mismo cuartel.

* *

No hablemos de los destrozos que «la afición» causa en la ropa. Con los ácidos y las preparaciones

químicas se estropean las manos y los trajes. La piel de las manos vuelve á salir; pero el paño y la tela no se restauran, y esta es una de las razones por que las madres de familia abominan de los adelantos científicos que han puesto la fotografía al alcance de todos. Hay aficionados, no cabe negarlo, tan diestros como los del oficio. Insisto en decir que lo que más los diferencia, es la *invisibilidad*. Como al fotógrafo le vale dinero enviar las pruebas y las copias, las envía. Como al aficionado le cuesta dinero la misma operación, rehuye hacerla — acaso la pereza tenga en esto tanta parte como la economía. — Yo en esto hablo por experiencia. Pasarán de mil las veces que he sido blanco del objetivo de esas maquinillas más ó menos portátiles. Pasarán de quinientas las promesas solemnes de enviar «inmediatamente» la prueba. No llegarán á diez los que llenaron este compromiso, espontáneamente contraído. Y de esos diez caballeros de la Tabla Redonda, sólo cinco presentaron «productos» que se pueden mirar sin horror.

* *

Debiéramos aceptar una forma de la solidaridad: todo el que sea blanco de una maquina, debería soltar una peseta para contribuir á los gastos del aficionado, obligándole así, de un modo delicado é indirecto, á rematar la suerte. Yo he observado que la mayoría de estos fotógrafos de afición son mozalbetes á quienes el bozo no les ha salido, y que, por lo tanto, suelen tener quien les riña si derrochan. Ayudándoles el público, se facilitaría su situación en el seno de la familia, y todos saldríamos ganando; porque, sin poderlo remediar, cuando nos retratan tenemos la curiosidad de nuestra propia estampa, el afán de ver lo que dice la implacable fotografía — ese instinto que mueve á detenerse cuando cruzamos por delante de un espejo, y en el cual no tiene tanta parte la vanidad como la especie de sugestión que ejerce el yo sobre sí mismo.

* *

En esto de los retratos es donde más clara aparece la psicología del yo, los misterios de la humana vanidad. Todo retratista tiene ocasión de estudiar á fondo la miseria del hombre. (Y de la mujer, por supuesto). Estoy escribiendo una novela, la historia de un célebre retratista que murió joven, y acuden á mí en tropel los recuerdos de las revelaciones de aquel artista malogrado, que recogía diariamente más documentos humanos de los que podía necesitar ningún Zola (de antaño) ni ningún Flaubert, para realizar sus duros análisis. Pero, sin necesidad de evocar memorias, entrad en el portal de una fotografía, y mirad detenidamente aquella serie de estampas: leeréis en ellas la vanidad, la preocupación del yo, el afán de afirmarse como algo que existe y que llena un papel, el impulso egoísta y presuntuoso del que se retrata y que sale á la cara de un modo inevitable. Desde el soldado que estrena el uniforme y se retrata muy cuadrado para enviar la tarjeta á la novia, hasta el misacantano que se coloca sentado gravemente, el codo apoyado sobre una mesa de tapete, al lado un Cristo, entre las manos un libro — todos, militares con cruces, curas de lustroso manto, alcaldes de levita y bastón de borlas, menegildas de zapatos blancos, señoritos de americana rabricorta, chiquillas de pelo suelto, hasta niños de pecho en cueritos, enseñando lo que más valdría tapar, — todos *posan*, es decir, todos se preocupan (sabiéndolo ó por instinto obscuro) del efecto que producen, de lo que de ellos va á fijar y sorprender la reveladora máquina. La expresión de las caras lo dice; lo proclama á gritos. ¡Y qué de fealdades, qué de ridiculeces descubre la tal máquina traidora! ¡Qué grupos de novios, atontados, ella de blanco, él de negro, inefablemente ridículos; qué chiquillos tan horribles; qué soldados tan brutos; qué señoritas tan esmirriadas; qué triste idea dan del estado de la raza los ejemplares exhibidos en los portales de los fotógrafos, máxime si creemos, como es natural, que éstos procurarán enseñar lo mejor de la colección, el fondo del baúl!

* *

Siguen á la orden del día los asesinatos de mujeres. Han aprendido los criminales que eso de «la pasión» es una gran defensa prevenida, y que por «la pasión» se sale á la calle libre y en paz de Dios, y no se descuidan en revestir de colores pasionales sus desahogos mujericidas. Hace pocos días, en Madrid, un individuo escabechó limpiamente, de cierta cuchillada en mitad del corazón, á una infeliz muchacha que iba á la compra. No se puede decir

que fuese traición la que cometió este individuo: no se le debe acusar de alevosía: él anunció, con la anticipación debida, lo que iba á suceder: él avisó para que se preparasen. «Que voy á matar á esa chica», dijo en tiempo. «Que la mato.» Peor para la chica, y para la autoridad, si no lo evitaron, si le dejaron que cumpliera el fino gusto.

¿Pasión? No: codicia, vileza y barbarie, como casi siempre. No sé si el Jurado se compone de románticos, que creen en la pasión como en un fenómeno universal: si es así, que se estudien los jurados á sí propios. Se habla mucho de pasión, pero es como los duendes: todos los nombran y nadie los ve. La pasión, aunque sea excusa, debe ser excusa rarísima, lo más excepcional, lo más probado. La pasión es noble, y estos criminales mujericidas obedecen á los impulsos más innobles y bajos. Enhorabuena los jaques de Andalucía que liándose al brazo la faja y abriendo la faja con los dientes, se destripan cara á cara: enhorabuena; esto es lucha feroz, pero generosa y altiva. Mas el que acecha al paso á una mujer, la atraviesa el corazón ó la degüella, y después alega que la quería, que la adoraba, que *no podía vivir* sin ella precisamente..., á ese, todo el rigor de la ley, porque además de criminal es un cobarde.

* *

Generalmente resulta, como creo que ya ha resultado en este caso, que el supuesto enamorado Amadís es buenamente un *alphonse*, y la víctima su *marmita* ú olla del cocido, la que le da de comer y para cigarros. No trabajar y vivir como un sultán — el ideal grosero de esos tenorios de plazuela. — La desdichada que ya no puede soltar jugo, es víctima dispuesta al sacrificio, inmolada á una venganza ruin y salvaje. De diez casos, en nueve encontraréis este elemento repulsivo: el dinero, en vez de la pasión; la holgazanería del asesino, que aspiraba á sostenerse con el trabajo de la víctima. ¡Si en esto ven los señores del Jurado y los magistrados un motivo de interés y de conmiseración, una causa de indulgencia, allá ellos! Yo veo razón de indignada severidad.

* *

El *mujericidio* siempre debiera reprobarse más que el *homicidio*. ¿No son los hombres nuestros amos, nuestros protectores, los fuertes, los poderosos? El abuso del poder, ¿no es circunstancia agravante? Cuando matan, á mansalva, á la mujer, ¿no debería exigírseles más estrecha cuenta? Y sin embargo, los anales de la criminalidad abundan en *mujericidios*, impunes muchas veces, por razones especiosas, mejor dicho, por sofismas que sirven para alentar al crimen. Así como el cura del castillo de Locubín creía que por ser sacerdote no iría al patíbulo, el hombre, en general, cree vagamente que por ser hombre tiene derecho de vida y muerte sobre la mujer. Los resultados de esta creencia los vemos diariamente. ¿Hasta cuándo durará esta racha de *pasión* tan útil para los cuchilleros y los armeros que venden revólveres baratos?

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Con las palabras es más fácil causar un mal que hacer un bien.

EDUARDO ROD.

Los pequeños abusos son grandes abusos cuando aplastan á gentes pequeñas.

H. FOUQUIER.

Lo que se prepara para dos fines no sirve para ninguno.

EMILIO OLLIVIER.

Observando las máximas comunes de sus libros sagrados, un confuciano será un buen cristiano y un cristiano un buen confuciano.

WU-TING-FANG.

El hombre se ruboriza más bien de un defecto que de una falta grave.

ROGER BONGHI.

Todo gran artista amolda el arte á su imagen.

VÍCTOR HUGO.

Un gran pintor nacional es un sublime maestro de escuela.

EL P. DIDÓN.

El arte es un idioma universal que cada cual habla con su propio acento.

DUJARDIN-BEAUMETZ.

Toda extravagancia encuentra un crítico artístico que la califica de sublime.

JULIO BRETÓN.



I

— ¡Brrr..., qué frío hace!, dijo el Dr. Ramírez acercándose más a la chimenea en donde gruesos troncos de leña chisporroteaban lanzando extraños fulgores a las descarnadas paredes de aquel cuarto de guardia.

Y sacando una lustrosa pitillera de piel, tomó dos cigarrillos, y ofreciendo uno a su interlocutor, que permanecía callado y pensativo como evocando extraños recuerdos, le interpeló bruscamente diciendo:

— Vamos, Torregrosa, ¿qué diantres le pasa a usted? Bien veo que se aburre y que he hecho mal en convidarle a pasar la noche conmigo...

— No, querido, de ningún modo; es que me estaba acordando de que precisamente hoy hace años que me ocurrió la cosa más rara que me ha pasado en este mundo...

— ¡Oh, qué bien! Cuente, cuente, y así pasaremos el tiempo; aguarde un poco que nos traigan una botella de Jerez y unos bizcochos, y... venga frío. Así como así, hasta las tres no tengo que poner inyección de morfina al neurálgico del número 72, de modo que tenemos cuatro horas por nuestras.

Y una vez que fueron servidos, Torregrosa se arrellanó más en su butaca, pasó la mano por su espaciosa frente como para evocar mejor sus recuerdos y empezó su relato de la manera siguiente.

II

Estaba yo por entonces en Bonn, en esa poética ciudad alemana cuyos dos encantos principales, para mí los únicos, son su hermosísima Universidad y el romántico Rin, ese río azul y admirable cada una de cuyas ondas parece entonar una balada con voz de Walkyria y dulzura de hadas... Había hecho grandes amistades en Alemania, pero ninguna como la del Dr. Uzher, antropólogo eminente y psicópata distinguidísimo. Sin embargo, en la época a que me refiero, hacía un año que no le había visto por haberse marchado a Tréveris con su hija y un hermoso gato, que era su delicia y del cual no se separaba nunca. El Dr. Uzher era viudo y no le quedaban en el mundo más afecciones que las dos que he dicho.

Pues bien: una tarde, al regresar de la Universidad a mi casa, después de mi acostumbrado paseo por la margen izquierda del río, me encontré en mi mesa con una carta que traducida decía así:

«Amigo Torregrosa: Deje usted todo y venga a Tréveris mañana. Es absolutamente preciso que cene usted con nosotros; sí, con nosotros, con nosotros. Suyo, Uzher.»

Lo confieso: aquel extraño llamamiento, su imperiosa forma y sobre todo la rara repetición de las palabras *con nosotros*, me chocaron. Hice mil conjeturas, me forjé infinitas hipótesis sin que, como es natural, pudiera satisfacer mi curiosidad, y... al otro día por la tarde estaba visitando, acompañado de mi amigo, los hermosos monumentos de la dominación romana, que la ciudad del Mosela guarda como reliquias.

Uzher estaba extraordinariamente delgado y pálido, y el gato más delgado aún. Me extrañó desde luego no ver a Margarita, a aquella virgen de transparencia oceánica, cuyos azules ojos y rubios cabellos me habían llamado la atención más de una vez. Pregunté por ella, y su padre me contestó con voz apagada:

— La verá usted esta noche: sí, esta noche, a las

diez. *Me lo ha prometido; nos lo ha prometido, ¿verdad, Gitt?*

Y fuese por casualidad ó por oír la voz de su amo que pronunció estas palabras con extraña entonación y subrayándolas extraordinariamente, el hecho es que el gato dió un maullido que a mí se me figuró un sí.

Yo sentí un miedo intenso, cerval; los cabellos se me erizaron, pero callé. El doctor me enseñó la casa, que nada tenía de particular, excepto una cosa, que me chocó; en el despacho de Uzher, y esparcido por las butacas, había un traje completo de luto, flamante y nuevo. Yo no sé por qué tenía miedo; miedo, sí, de que llegaran las diez de la noche; todo aquello tenía una apariencia de locura en mi amigo, y para convencerme le hablé de Antropología. Estaba en el pleno uso de sus facultades y se mostró tan sabio como siempre, hablándome de la mandíbula encontrada por Perthes en Moulin-Quignon y de sus trabajos y esperanzas para descubrir el hombre cuaternario...

Cuando entramos en el comedor, había en la mesa cuatro cubiertos preparados; eran las diez y nadie apareciera, el doctor llamó a un criado, se enjugó una lágrima, y después de decir algunas palabras que me recordaron el «*lasciate ogni speranza*» del Dante, empezamos a cenar. A cada plato, Uzher servía a los misteriosos convidados que no venían, lo cual empezó a inquietarme; y el doctor, que veía mi extrañeza, me habló del siguiente modo:

— Seguramente me creeréis loco, y como os voy a demostrar, no es así. Todo esto que veis y que os extraña tanto es naturalísimo.

A poco de llegar a Tréveris con mi pobre Margarita, nos visitó un simpático y apuesto joven llamado Wilhem Kuntz. Rico, ilustradísimo, amante del arte y de la ciencia, a cuyas actividades se dedicaba por igual, tenía un corazón apasionado y virgen dispuesto para latir al primer impulso. Yo creo que mi hija y él se enamoraron desde el primer momento, y bien pronto pude notar que aquel amor tomaba unas proporciones inmensas; no he visto nunca miradas como las suyas, y en algunas cartas que por casualidad cayeron en mis manos, palpitaba una pasión tan loca, tan frenética, que me asustó. Cada uno de ellos no vivía más que para el otro, y parecía que cuando no estaban juntos eran distintos. En definitiva, que decidí casarlos cuanto antes.

Mas he aquí que un día Wilhem cayó enfermo y murió en veinticuatro horas; tuve que enterar a mi hija, y cuando temblando y esperando una catástrofe se lo dije, se echó a reír; pero no creáis que su risa era la carcajada vesánica de la locura..., era una risa natural, como la del que oye un chiste. Comió bien, no derramó una lágrima siquiera, durmió perfectamente y al otro día, a la misma hora en que Wilhem acostumbraba a venir, se asomó al balcón tan acicalada y risueña como siempre y acompañada del gato, que la quería hasta la exageración. Yo procuraba convencerla de que no esperara a su novio, porque me temía el desengaño terrible; pero de pronto transfiguróse su cara, y radiante de júbilo me dijo:

— Ya viene.

Me estremecí. No, no podía venir; le había visto yo muerto en el ataúd; no podía ser. Y sin embargo, Margarita corrió a la puerta, la abrió, dió la mano a un ser invisible, le mandó sentar y empezó a cuchichear como siempre... Aquello era horrible; mi hija estaba loca, ¡loca, Dios mío!; quise retirarla de allí y

no obtuve más resultado que una mirada irascible y una frase que me dejó helado:

— Pero, papá, ¿adónde queréis que vaya estando aquí él?

Y dirigiéndose a la silla le dijo:

— Wilhem, no te enfades...

Me dirigí al asiento, lo palpé y... nadie había. Y sin embargo, ella me dijo:

— Papá, ¿qué os pasa? Le habéis desarreglado el traje con esas manotadas... ¿A qué viene eso?

Me senté en el sofá llorando... y para qué os he de cansar más? Cuando llegó la hora en que siempre se separaban, le acompañé hasta la puerta, le despedí desde el balcón y volvió a su labor. Es decir, que para ella, Wilhem no había muerto.

Traté de curarla; todo inútil. Durante ocho meses no hubo día en que esto no sucediera, excepto ocho ó nueve en que ella dijo que Wilhem había ido a Colonia a por su familia. Y lo más extraño es que en todo lo demás Margarita no había cambiado, y... en fin, que concluí por aceptar aquello, puesto que así mi hija era feliz.

A todo esto, la enfermedad del pecho que arrebató a su madre, a mi pobre Enriqueta (y aquí el doctor enjugó una lágrima), hacía rápidos progresos en el debilitado organismo de mi hija..., y cuando su prometido hizo el viaje a Colonia, ya ella no podía moverse de ese sillón en donde está el gato. Por no contrariarla, tuve que fingir que recibía a la familia de él, que me pedían su mano y que la concedía..., todo delante de ella, que lo veía, que lo veía como si fuese de veras... Ella misma señalaba día para la boda y me suplicó que el acto se verificase en su misma habitación, porque, a causa de su enfermedad, no podría salir de casa, y me dijo que habían convenido marchar a Niza a pasar la luna de miel y a restablecerse.

Todo aquello me partía el corazón; pero ¿qué hacer? Se veía en su demacrado rostro una felicidad tan inefable, una dicha tan grande, que hubiera sido una crueldad destruir sus alucinaciones. ¡Oh, cuánto he sufrido! Y ¡si viera usted qué escenas!

Recuerdo una que me crispó los nervios; cuando Wilhem vivía, Gitt, el gato, casi siempre estaba subido en sus rodillas; pues luego se subía en la silla en que mi hija creía que su novio estaba..., y la noche antes de la boda, el animal, que se había dormido, despertó de pronto y abriendo las uñas se despeprendó... y Margarita le dió un cachete diciendo:

— Gitt, siempre le estás molestando.

Y dirigiéndose a aquel invisible espectro le dijo con la mayor naturalidad:

— ¿Por qué le dejas?

III

El doctor comenzó a llorar, y sollozando me contó que ella *vió* la boda, contestó a todas las preguntas del ceremonial, abrazó después a su padre, rió como una loquilla, dió el brazo a su marido y se despidió del doctor diciendo:

— Adiós, papá. El día 5 de enero volveremos; ten preparada cena para nosotros.

Y en medio de una sonrisa de felicidad suprema, la felicidad del primer amor realizado, murió...

Profundamente conmovido — prosiguió Torregrosa — ante aquel relato, no pude menos de preguntarle:

— Pero ¿usted creía que vendrían?

— No; pero quería ver si rodeando todo de las apariencias del recibimiento, conseguía volverme

loco yo también, con una locura análoga á la de Margarita... ¡Oh, estarla viendo siempre! Si esa era la felicidad, ¿qué me importaba que no fuera real, pareciéndome á mí que lo era? Después de todo..., quizá la vida entera sea una ilusión... Pero no puedo; veo que están muertos, veo que no vendrán, veo que estoy solo en el mundo, que no me queda más que ese pobre animal, que tanto quiero porque le han querido ellos, y que tan triste está desde que ellos murieron... No he querido enlutarme para no darme cuenta de la realidad; mañana cuando me levante me vestiré con ese traje que usted ha visto y que tenía preparado, porque bien sabía que desgraciadamente lo necesitaría porque no vendrán... Acostémonos, amigo mío; necesito llorar, llorar mucho, llorar siempre, llorar todo lo que no he llorado en estos cuatro meses...

IV

No pude dormir - continuó el amigo de Ramírez. - A cada momento tenía alucinaciones extrañas que me hacían saltar del lecho, sobresaltado y nervioso... Y al levantarme muy temprano, vi al gato muerto en el sillón.

- Y ¿de qué murió?, preguntó Ramírez estremeciéndose.

- Amigo mío, siento destruir la poesía de mi relato con la prosa de la realidad... Según el dictamen de un veterinario, el gato murió... de indigestión. Había pasado la noche comiendo sin cesar los servicios de los dos muertos...

J. TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Triadó.)

EL MENTIDERO

DE MADRID

(Crónicas de la villa y corte)

En la acera de la izquierda de la calle Mayor, entrando por la Puerta del Sol, levantábase el convento de Agustinos Calzados de San Felipe el Real, fundado por D. Felipe II á mediados del siglo XVI.

En este convento era notable el magnífico claustro principal, obra del inteligente artista Francisco Mora, bajo la traza de Andrés de Nantes.

Eran también célebres, en este edificio, sus *covachuelas* ó tiendas; pero lo que le dió fama y renombre fueron sus populares *Gradas de San Felipe*, vulgarmente conocidas por el *Mentidero*, situadas en la espaciosa lonja alta que corría delante de la fachada perteneciente á la calle Mayor.

Y no faltaban razones para darles el nombre del *Mentidero*, ya que ellas eran el punto de cita y reunión de todos los desocupados de la villa y corte.

Aumentaba la importancia de las *Gradas* y el *Mentidero* su proximidad á la calle Mayor, situada entre las Puertas del Sol y de Guadalajara, la vía más importante y más animada de aquellos tiempos, con sus tiendas de joyas, de telas y de ropas; lugar preferido por las orgullosas damas y los apuestos caballeros de las cortes de Felipe III y Felipe IV, que á ella acudían en lujosas carrozas, ó cubiertas con el misterioso y poético manto las señoras, y la rica capa, el lujoso traje chambergo y la cortante espada del *perillo*, que tanta fama dió á su constructor Julián del Rey, los nobles y señores.

El coche y el manto fueron la gran pasión de las

mujeres del siglo XVII. Heredados los mantos de las moras y judías, ni las peticiones de las Cortes, ni las pragmáticas de los reyes, lograron hacerlos desaparecer; los había de humo, de gloria, de puntas, de estufilla, y todos servían de cómplices al amor y á los celos. El coche, traído á España por el empera-

El *Mentidero* era una oficina de noticias, que tenía la inmensa ventaja de propalar las más graves, sin responsabilidad alguna para su autor, al que no se conocía jamás.

Crónica viva y animada, todos acudían á él para llevar noticias ó recibirlas.

En las *Gradas* la mentira andaba siempre revuelta con la verdad, lo cierto con lo absurdo, lo inverosímil con lo real.

Como en el *Mentidero* las noticias se recibían gratis, nadie se ocupaba en averiguar si eran ciertas. ¿Para qué? El mismo que la había inventado por la mañana tomábala como cierta por la tarde..., ¡tan desfigurada llegaba á sus oídos!

La concurrencia á las *Gradas* no podía ser más variada.

Acudían al *Mentidero*, con el pretexto de asistir á las funciones religiosas del convento, nobles damas en ligeras sillas de manos; señoras *arrebozadas* en el manto, seguidas por dueñas de grandes y blancas tocas y por viejos escuderos; doncellas del *agarro* ó de *rapiña*; niñas del *acero*, remedio que se daba entonces á las opiladas, y que hizo exclamar al satírico Quevedo:

«La morena que yo adoro,
Y más que mi vida quiero,
En verano toma *acero*
Y en todos tiempos el oro.»

tapadas de *medio ojo* y señoras del *tusón*, de las que dijo el autor de *La verdad sospechosa*:

«Que entre cortesanas son
De la mayor magnitud.»

Los lindos ó alechugados frecuentaban el *Mentidero* porque las damas más bellas acudían á las misas del convento.

Los caballeros é hidalgos á referir historias y á contar noticias de la corte.

Los oficiales de los tercios de Italia, Flandes y Portugal á discutir planes de guerra, ó referir las batallas en que se habían encontrado.

Los poetas á leer sus últimas y casi siempre epigramáticas composiciones.

Los abogados á lucir, más que sus dotes oratorias, sus hermosas barbas.

Los alcaldes á referir

los tristes sucesos acaecidos en la villa. Los indianos á ponderar las riquezas de América. Los graves consejeros á tratar de los asuntos del gobierno.

Así, revueltos en aquellas gradas poetas, soldados, caballeros, frailes, golillas, comediantes, mercaderes, estudiantes, capigorreros, espadachines, libreros, valentones, el *Mentidero* debía ser, y fué en efecto, una numerosa reunión de gentes diversas, un verdadero *Pandemonium*.

Procuremos reseñarlo, escuchando á los concurrentes cómo refieren los sucesos pasados, dejando á la ilustración de nuestros lectores fijar las fechas y los años de los sucesos.

* *

La subida al trono del joven rey Felipe IV el 13 de marzo de 1621, dió al *Mentidero* una extraordinaria animación.

A ello contribuyó la causa formada á los ministros de su padre Felipe III; la muerte de D. Rodrigo Calderón, quien subió al patíbulo con una serenidad y un orgullo que han quedado en proverbio, y los



FUENTE MODELADA POR EDUARDO BEYRER

dor Carlos V, con perjuicio de la caballería y de la honestidad - según el obispo Sandoval, - prohibido su uso por Felipe II, reglamentado por Felipe III y permitido libremente por Felipe IV «el uso de las carrozas y coches de rúa y de camino, de dos y cuatro caballos,» fueron objeto de coplas tan satíricas como la siguiente:

«Por la corte en los coches
Se vende carne,
Y ya es carnicería
Cualquiera calle.»

coplas que obligaron al rey á disponer que las damas que los ocupasen fuesen descubiertas.

También se apasionaron nuestras mujeres por las sillas de manos, que alquilaban las que no las poseían á costa de los mayores sacrificios. Tirso dice:

«No me han de faltar dos reales
Y una silla de alquiler.»

La calle Mayor fué descrita en comedias y en obras por los mejores ingenios de la época.

Frente á las *Gradas* elevábase el suntuoso palacio de los condes de Oñate, uno de los más importantes y espaciosos de la nobleza.

versos que circulaban contra el confesor del difunto monarca, el dominico fray Luis de Aliaga, religioso de ancha conciencia y blando á las dádivas, atribuidos á Villamediana:

«Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna sangrador...»

Bien pronto el alevoso asesinato del conde de Villamediana, perpetrado allí cerca, entre las calles Mayor y de Coloreros, animaron los corrillos de las *Gradas*. Para unos, Villamediana había sido muerto por los muchos enemigos que con sus sangrientos versos se había creado; para otros, sus asesinos fueron los amigos de los secretarios del caído ministro, Tovar, Angulo y Tapia, cuyas cabezas había pedido públicamente; para otros, en fin, su triste muerte debióse al imprudente amor que mostró por la reina doña Isabel, presentándose en una función de toros llevando en una divisa reales, en campo azul, con este letrero: *Son mis amores*. Lo cierto es que por el *Mentidero* circularon, de mano en mano, estos versos que la maledicencia supuso escritos por D. Luis de Góngora:

- «Mentidero de Madrid,
Decidnos quién mató al conde;
- Ni se sabe, ni se esconde:
Con discurso discurríd.
- Dicen que le mató el Cid
Por ser el conde Lozano.
- ¡Disparate chabacano!
Lo cierto del caso ha sido
Que el matador fué Bellido
Y el impulso soberano.»

Encubierta acusación al rey, que impulsó el brazo de Bellido ó Ignacio Méndez, su balles-tero.

Los comentadores de esta venganza, por más ó menos fundados celos, recordaban las varias aventuras amorosas del rey Felipe IV; su pasión por María Calderón, de la que nació el segundo *D. Juan de Austria*; su novelesca aventura con la monja de San Plácido; sus amores con doña Juana Aldana; y sus varios hijos, D. *Francisco*, convento de la Encarnación; D. *Alfonso*, fraile do-



IDILIO, escultura de José Piquet, premiada con medalla de 3.ª clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1901.

do de Valdés, gobernador de Novara; D. *Alfonso* Antonio de San Martín, obispo de Oviedo; y D. *Juan*, religioso agustino, los cuales venían á probar que el galante monarca no podía ser tenido como un modelo de virtud y fidelidad.

**

Entre las damas que acudían al convento de San Felipe el Real, hablábase con gozo de la romería de Santiago *el Verde*, con ocasión de la venida á Madrid del príncipe de Gales.

De la verbena de San Juan, en el Prado (1631), con la representación de dos comedias, una de Lope de Vega y otra de Quevedo y Mendoza, seguidas de baile, música, cena enramada y paseo.

De la mascarada de 1637, en el Retiro, con motivo de la elección del rey de Hungría, cuñado del monarca, como rey de romanos, y para la cual se levantó una plaza de madera con 488 ventanas ricamente adornadas y alumbradas por 7.000 luces; fiestas que duraron nueve días, y fueron pródigas en aventuras galantes, ya que en ellas se autorizó el uso de la máscara.

De las cenas en el río, en tiendas preparadas al efecto, con músicas y coros, á la luz de multitud de antorchas.

De las fiestas de las *Mayas*, el día de la cruz de Mayo.

De las meriendas en la *Huerta de Juan Fernández*.

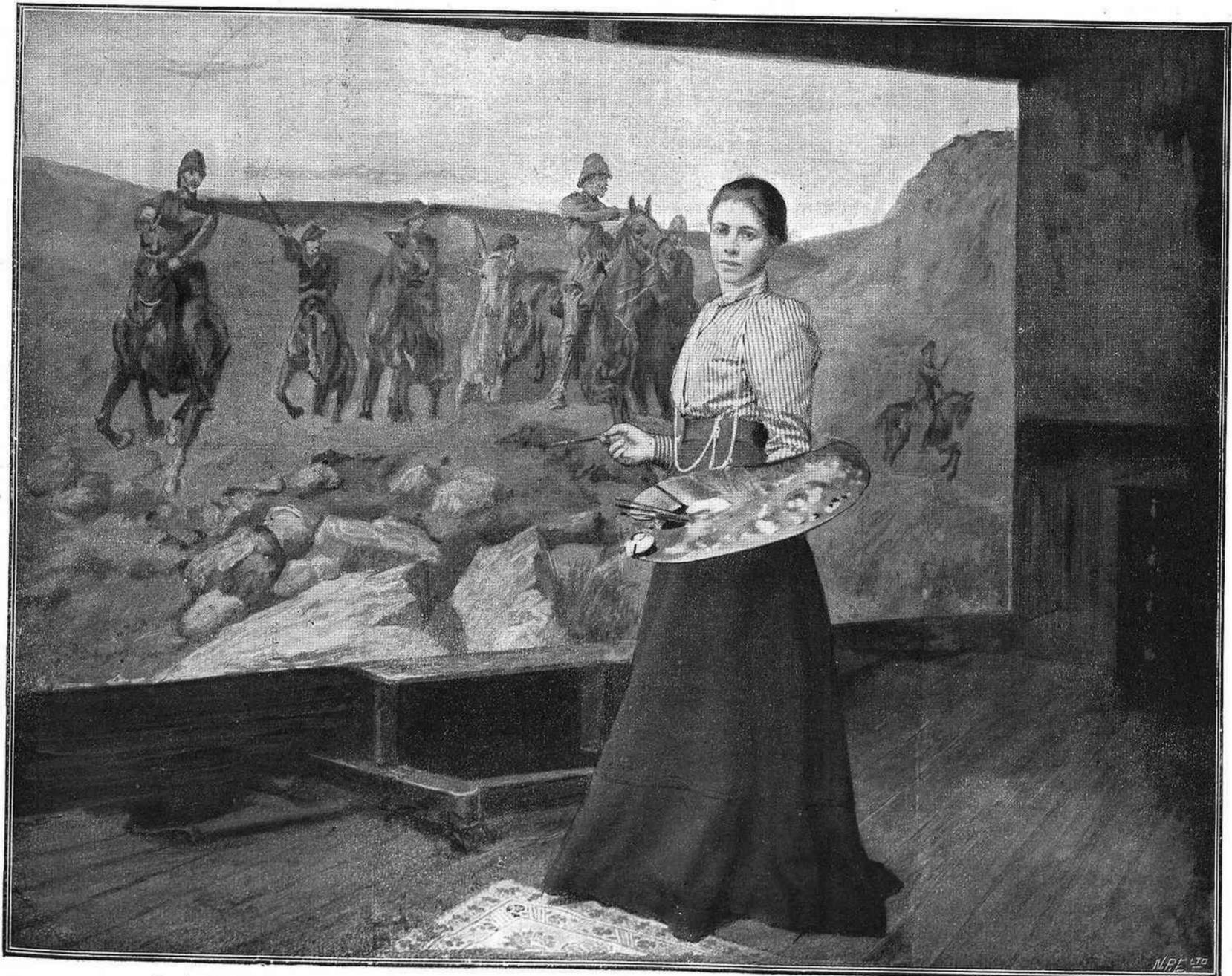
De las mañanas de abril y mayo en el Retiro. De la *Vela* á los monumentos, cubiertas con el manto y recibiendo la visita y los obsequios de sus galanes.

De la magnífica procesión del Corpus, donde lucían sus lujosos trajes y sus ricas alhajas.

De los certámenes poéticos y de los saraos de palacio; así como de las comedias en los corrales de la Pacheca, de Burguillos y de la Cruz.

**

Hacía notar un consejero, á quien todos escuchaban con suma atención, el desacuerdo que existía



LUCÍA E. KEMP-WELCH EN SU TALLER PINTANDO EL CUADRO «LORD DUNDONALD EN LAS INMEDIACIONES DE LADYSMITH»

entre una corte siempre dispuesta á los festejos, carcerías, saraos, comedias, mascaradas, serenatas y fiestas de toros, con una administración tan desordenada, con una agricultura y una industria muertas por la falta de brazos, desde la expulsión de los moriscos y judíos, y con un estado en guerra constante con Europa entera.

— Agregue vucencia, dijo un abogado, la relajación de las costumbres y el excesivo celo por las cosas sagradas, cosa que á la verdad parece inexplicable. Después de la información plenaria para la beatificación de Santa Juana de la Cruz, y cuando apenas los clérigos habían entrado en la iglesia, fué asesinado D. Fernando Pimentel, hijo del conde de Benavente. El 25 de julio, día señalado, por ser el patrón de España, fué cosido á puñaladas el joven marqués del Valle. A la puerta de la iglesia del hospital de Antón Martín, mataron al conde de Villamor. Madrid presencia diariamente suntuosas procesiones y crueles asesinatos, que se pagan como otro servicio cualquiera. La gente asiste con gran devoción á los oficios divinos, al tiempo mismo que se violan los conventos, se enamora á las monjas y se saquean las iglesias.

Un familiar del Santo Oficio completó la pintura de la época recordando que, á pesar de los autos de fe, de las quemaduras de cuerpo, de los tormentos y de los azotes que á diario ordenaba la Inquisición, las herejías y las inmoralidades no cesaban. En 1624 había sido quemado vivo, por hereje pertinaz, Benito Ferrer, catalán de naturaleza y hebreo de origen, quien, fingiéndose clérigo, arrebató de manos de un sacerdote que estaba celebrando misa una hostia consagrada, arrojándola al suelo, donde la pisoteó. Y á los pocos meses, el 5 de julio, en la misma iglesia de San Felipe el Real, á cuyas puertas nos encontramos, Reinaldos de Peralta, de oficio buhonero, natural de Auger, en Francia, hijo de padres católicos, repitió aquel acto sacrilego, sufriendo la pena de garrote y entregado su cuerpo á las llamas. Recordemos, por último — decía, — la célebre causa de la calle de las Infantas: en ella, y en la casa del licenciado Barquero, que la tenía alquilada, reuniéronse no mucho tiempo después varios judíos, los cuales se complacían en maltratar y azotar á un crucifijo que á este fin se habían proporcionado. Su castigo fué terrible, pero no impidió que cuatro años después, 1638, salieran con el sambenito á cuestras Juan Núñez Sarabia y su hermano, riquísimos portugueses, condenados por judaizantes á perdimiento de todos sus bienes, que ascendían á más de 300.000 ducados.

— ¿No salió con ellos el famoso Mateo Rodríguez, llamado vulgarmente el *esterero santo*?

— Sí, señor.

* *

En un grupo de jóvenes calaveras, nobles, poetas, hidalgos y oficiales, se hablaba de todo en voz alta y de algo en voz baja.

Que era digna del mayor encomio la fidelidad que doña Ana de la Cerda, la mujer más hermosa de España, guardaba á su marido el marqués de Heliche, el hombre más feo del viejo y del nuevo mundo.

Que el duque de Sessa había pretendido en vano hacerse amar de la comedianta Jerónima de Burgos, que había preferido al poeta Lope de Vega, á reser-va de olvidarle luego por un aventurero.

Que el príncipe de Gales, recién llegado á Madrid para tratar de sus bodas con doña María, hermana del rey, había saltado las tapias del jardín en que la infanta se hallaba bebiendo el agua de hierro por hallarse opilada.

Que en el palacio del Buen Retiro había habido un certamen poético, de *chanza* y *gracejo*, presidido por D. Luis Vélez de Guevara y siendo jueces el príncipe de Esquilache y el conde de Morante.

Que el rey había dado la temida pragmática prohibiendo á los hombres usar las guedejas, copetes y rizos con que se componían el cabello, *por haber llegado al mayor escándalo*.

Que una monja profesa del convento de las Vallecas se había dejado exclastrar por el noble joven D. Justo Valdivieso, habiendo intervenido en el asunto la Inquisición y logrado que fuese condenado á muerte el apuesto mancebo.

Que en la noche del 7 de diciembre de 1639 había sido preso en el palacio de Medinaceli el insigne D. Francisco de Quevedo, por una sátira que se le atribuyó, escrita contra el ministro Olivares.

Que el conde-duque de Olivares había conseguido que el alcalde de casa y corte D. Francisco de Valcárcel diera su apellido á un hijo que el favorito había tenido de doña Isabel de Anversa, anulando el matrimonio del joven con una cortesana apellidada

grandemente impopular, se escribieron versos en que se decía:

«Que andaba haciendo *retiros*
Y no haciendo *soledades*.»

El *Mentidero* comenzó á hacer el proceso de su vida y de su mando. ¿Para qué instituir, al encargarse del gobierno, una *Junta de corrección de costumbres*, á fin de investigar el origen de la riqueza de los anteriores ministros, y hasta llegar á prenderlos, si todo había de parar en grandes multas, que pasaron á su bolsillo, y en adjudicarse los puestos y cargos más honoríficos y lucrativos del reino? ¿Para qué censurar tanto al duque de Lerma, si con su gobierno habíamos de perder varias posesiones en Europa y América, declarándose independiente Portugal, sublevándose Cataluña, conjurándose Andalucía, echadas á pique nuestras escuadras, derrotados nuestros ejércitos, la nación agobiada por impuestos excesivos, vendiendo los empleos al mejor postor, y España des- poblándose?

Decían algunos que el conde-duque de Olivares tenía *hechizado* al rey; á lo que otros contestaban que los hechizos del ministro consistían en los saraos, comedias, partidas de caza, academias poéticas, procesiones, autos de fe, romerías, verbenas, banquetes en el río, mascaradas, fuegos artificiales, fiestas en el Buen Retiro, en el Prado, en el *Sotillo*, en el *Parque de Palacio*, en la *Huerta de Juan Fernández*, y en cien aventuras galantes que habían de dar por triste y necesario resultado que la inmoralidad de arriba se copiase por los de abajo.

He aquí alguno de los versos que contra tal estado de cosas empezaron á circular:

«Los ingleses, señor, y los persianos
Han conquistado á Ormuz; las Filipinas
De holandeses padecen grandes ruinas;
Lima está con las armas en la mano.
El Brasil en poder de luteranos;
Temerosas las islas sus vecinas;
La Valtelina y treinta Valtelinas
Serán del turco y no de los romanos.
La liga de furor y astucia armada
Vuestro imperio procura se trabuque,
El daño es pronto y el remedio tardo.
Oye, y decreta el rey: — Prendan á Estrada;
Llamen al conde de Olivares, duque;
Case su hija, y vámonos al Pardo.»

PADRE NUESTRO

«El vulgo es sin rienda ladrón y homicida,
Huye del castigo y teme la vida.
Qué importan mil horcas?, dirá alguna vez,
¿Si e; muerte más fiera hambre y desnudez.
Los ricos repiten por mayores modos:
Ya todo se acaba, pues robemos todos.
Perpetuos se venden oficios, gobiernos,
Que es dar á los pueblos verdugos eternos.»

— «No habrá en cuanto alumbrá el sol
Monarca más festejado.
— Ni pueblo más estrujado
Que el pobre pueblo español.»

«Ya el pueblo doliente llegá á recelar
No le echen gabelas sobre el respirar.»

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS.

EL OTRO «YO»

Felipe era un hombre no muy joven, pero tampoco viejo: cincuenta años no es ninguna edad avanzada, pero tampoco responde á una florida juventud. En cuanto á los medios materiales de vida, Felipe se encontraba, como respecto de su edad, en un término medio, en el disfrute de una regular fortuna. Hubiera podido ser feliz aquel hombre, que no necesitaba de empleos, oficios y beneficios para vivir, y que podía dar como resuelto, merced á lo heredado de su padre, el problema de «comer sin trabajar», si no hubiese amargado sus días una terrible obsesión.

Él no tenía vicios, en el sentido que se da generalmente á esta palabra, pues el fumar y comer lo mejor que sus rentas le permitían, no constituyen grandes hábitos pecaminosos ni viciosos; pero no obstante su existencia metódica y tranquila, una terrible preocupación le atormentaba, amenazando con poner en peligro su existencia.

¿Qué constituía esta monomanía de Felipe?, ¿cuál era el motivo que la originaba? Pues el más inesperado para quien no conociese el carácter supersticioso de aquel hombre: su obsesión era su «otro yo».



SALIDA DEL BAILE, cuadro de Román Ribera. (Exposición Robira.)

Leonor Unceta, y obtenido del obispo de Avila que le casase nuevamente con la noble doña Juana de Velasco, hija del condestable de Castilla.

Que contra el *Discurso* de Alonso de Carranza censurando el uso del *guardainfante*, había publicado Arias Gonzalo un *Memorial* defendiendo á las mujeres, sus vestidos y adornos, que las señoras habían recibido con grande aplauso.

Que las predicaciones de Fray Antonio de Ezcaray *contra los pecados que se cometen por los trajes profanos y las pinturas del rostro*, nada habían logrado de las damas, que seguían vistiéndose con el mayor lujo y pintándose el rostro con el más exquisito cuidado.

Que según la venerable madre María de Agreda, la reina Isabel se le había aparecido pidiendo limosna de oraciones para librarse de las penas que en el Purgatorio estaba padeciendo por los *trajes y galas* que llevó en vida.

Que las hijas del fiscal de los Consejos D. Gil y Mon de la Mota, doña Fabiana, doña Feliciano y doña Isabel, vulgarmente apellidadas las *Gilimonas*, habían sido sorprendidas en el Prado murmurando de las pragmáticas del rey sobre el lujo de las damas y el uso de los mantos, y su padre, severo juez, las había obligado á vestirse de monjas, con negras y largas tocas.

Que entre los libros picarescos obtenían el favor del público *La tía fingida*, de Cervantes; *La pícara Justina*, del licenciado Ubeda; la *Dorotea*, de Lope de Vega; las letrillas de Quevedo; la *Guía y aviso de forasteros*, del licenciado Liñán y Verdugo, y *El diablo cojuelo*, de Vélez de Guevara.

* *

En una noche de Carnaval de 1641 prendióse fuego al palacio del Buen Retiro, y contra Olivares, ya

Tratábase de un individuo exactamente igual á él, ó por lo menos, á Felipe así se le había parecido: ignoraba si en lo moral sería idéntico á él; pero en lo físico, en lo exterior, bien podía decir que era á él idéntico, en contra de todas las afirmaciones de la ciencia, que niegan la posibilidad de que en la creación existan dos seres iguales, aun siendo de la misma clase, orden y raza.

La primera vez que tuvo la desgracia de encontrarse con aquel extraño individuo fué en la escalera de la casa de un amigo suyo, banquero acaudalado á quien Felipe solía visitar á menudo. El protagonista de nuestra narración, sin darse cuenta al principio de que las facciones de aquel hombre no eran simétricas á las suyas, sino iguales, creyó verse reproducido en un espejo de los que había colocados en las mesetas de la escalera con grandes plantas tropicales delante. Mas su asombro rayó en el espanto cuando vió que aquel hombre le saludaba con sus mismos ademanes, con los de Felipe, y que con su misma voz le daba las «buenas tardes.»

El terror se apoderó de nuestro hombre, y aquel día no pudo sosegar, ni dormir aquella noche; desde entonces Felipe no tuvo ni un instante de reposo.

Contribuyó á este estado de inquietud el hecho

de que Felipe se encontrase después varias veces con su semejante - nunca pudo estar mejor empleado que en esta ocasión aquel vocablo, - y siempre le halló idéntico á él en voz, ademanes, actitudes, movimientos, en todo.

recluía largas horas Felipe, dejaba de encontrárselo; pero una noche la pesadilla tenaz y terrible también le hizo verle sentado en una butaca junto á la suya.

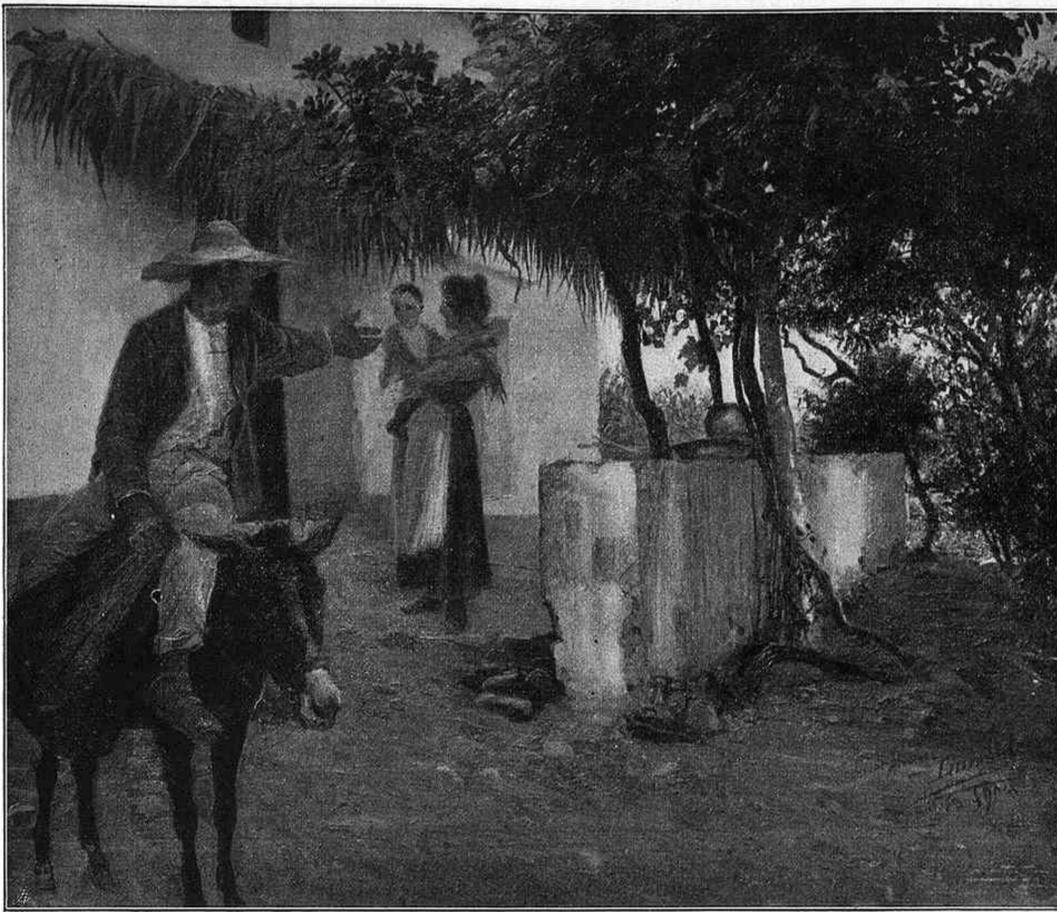
Felipe indagó quién era aquel hombre; pero el misterio más impenetrable rodeaba su persona.

En ciertas ocasiones, Felipe trató de detenerle, de hablarle; pero le faltó valor suficiente para ello. Un temblor convulsivo apoderábase de él, y las palabras que iban á brotar de sus labios parecían atragantársele en la garganta.

Llegó Felipe á tomar tal inquina y á profesar tanto horror á aquel sujeto, que hubo una época de su vida que esquivó el encontrarse con él y huía realmente cuando le encontraba; pero quizás por esto mismo le hallaba en su camino más veces que antes, hasta que llegó una temporada en que Felipe se lo encontraba en todas partes.

Si iba al café, en la mesa próxima estaba el otro; si al teatro, en la butaca inmediata; si iba á la Bolsa ó al Banco á cobrar sus cupones, allí, junto á la ventanilla, estaba su *andlogo*; si paseaba, iba el otro delante, detrás ó salía á su encuentro, y si entraba en un restaurant apartado y modesto, huyendo de él, se daba de frente con el de su misma cara.

Sólo en casa, donde se



¡HASTA LUEGO!, cuadro de E. Alvarez Dumont. (Salón Parés.)



Bacante, cuadro de Francisco Masriera. (Salón Parés.)



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de Gastón Linden



COMO BUENAS HERMANAS, cuadro de E. Vidal y Firmat

(Salón Parés)

En muchos sitios donde conocían á Felipe, habían llegado á preguntarle por su hermano; en otros habían creído que ambos eran gemelos, y en algunos habían llegado á confundirlos hasta el extremo de que en cierto establecimiento donde Felipe solía comprar, supo que su «otro yo» habíase llevado ¡con su nombre! varios objetos que dejó sin pagar y que Felipe tuvo que abonar luego.

Esto ya no lo pudo aguantar en silencio el protagonista de esta historia, y dió parte á las autoridades; pero resultó que el personaje misterioso tenía el nombre y el primer apellido lo mismo que Felipe, y que abonaba el importe de lo comprado, como así lo hizo, reintegrándose á su homónimo.

Nuestro hombre decidió entonces abandonar Madrid y trasladarse al extranjero; pero cuando ya había comenzado los preparativos de su viaje, un suceso inesperado vino á truncar todos estos planes.

Yendo una noche Felipe por la calle, camino de su casa vió un grupo de gente estacionada en la acera. Acercóse, y lo que vió en el centro del grupo heló la sangre en sus venas: era el otro Felipe, su otro yo, que yacía cadáver en el suelo.

Felipe no quiso ver más, apresuró el paso; llegó á su casa, cerró todas las puertas y acostóse.

Poco después dormía..., para no despertar más. Había muerto.

P. GÓMEZ CANDELA.

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido en Viena á la memoria de Gutenberg, obra de Juan Bitterlich.—Deseando la capital de Austria rendir un tributo á la memoria del inmortal autor del maravilloso invento que constituye el descubrimiento tal vez más grande y más trascendental para la historia de la humanidad, anunció hace poco un concurso, al que acudieron los principales escultores de la escuela alemana. De entre los varios proyectos presentados obtuvo el primer premio el que reproducimos, inspirado en el gusto clásico más puro. La estatua de Gutenberg, que majestuosamente se alza sobre el sencillo zócalo, está ejecutada de una manera tan sobria como vigorosa, y esta misma sobriedad se admira en todo el monumento, cuyo conjunto es notable por la corrección y severidad de sus líneas.

El desayuno, cuadro de Adalberto Niemeyer.—El asunto en que está inspirado este cuadro es por demás sencillo, y sin embargo el autor ha sabido sacar de él tanto partido como si de un importante tema se tratara. Le ha bastado para ello observar bien y reproducir fielmente el natural, pues cuando el espectáculo ó la escena que sirven de modelo reúnen por sí solos los elementos esenciales en toda obra artística, el pintor, sin necesidad de recurrir á efectos rebuscados ni de dejarse llevar en alas de su fantasía, puede conseguir la emoción estética con sólo poner en lo que ve el sello de la impresión personal. Por supuesto, que esta condición resulta insuficiente si el artista no domina la técnica; pero de este defecto no adolece la obra que nos ocupa; antes al contrario, es digna de las mayores alabanzas por la corrección con que está ejecutada, tanto en lo que se refiere al dibujo cuanto en lo que toca al colorido. Adalberto Niemeyer nació en 1857 en Warburgo (Westfalia), estudió en Düsseldorf y en 1889 se estableció en Munich, en donde en la actualidad reside afiliado al grupo llamado de los secesionistas.

Fuente modelada por Eduardo Beyrer.—En el número 1.004 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos con cierta extensión de este notable escultor alemán y reproducimos algunas de sus principales

obras, pertenecientes á diversos géneros. La fuente que hoy publicamos es una nueva muestra del talento de este artista, siendo de elogiar en ella en primer término la sencillez y la severidad, cualidades que por lo general no dominan en los trabajos escultóricos de esta clase, en los cuales suele buscarse, más que la sobria corrección de líneas, el efecto producido por la combinación de múltiples figuras y ornamentos.

Idilio, grupo escultórico de José Piquet.—El joven escultor barcelonés José Piquet ha concurrido á la Exposición Nacional de Bellas Artes por vez primera en el presente año y ha obtenido una tercera medalla por el grupo escultórico que reproducimos en la página 477. La concesión de esta recompensa es el mejor elogio que puede hacerse de su obra, tan simpática por el asunto y el modo de tratarlo, como correctamente ejecutada. Discípulo de Rosendo Novas y de la Acade-

mía de Bellas Artes de esta ciudad, el Sr. Piquet obtuvo durante sus estudios numerosos premios, y ganó en 1895 y 1897 las bolsas de viaje de Escultura de figura y de Escultura de adorno respectivamente. Los notables comienzos de su carrera artística permiten asegurarle un brillante porvenir si continúa, como hasta ahora, perfeccionando con una labor constante sus talentos no comunes.

D. Federico Errazuriz.—El presidente de la República de Chile Federico Errazuriz ha fallecido víctima de la parálisis de que se hallaba aquejado hacía más de un año y que le había obligado á retirarse del poder. Era hijo del presidente Federico Errazuriz, que gobernó Chile de 1871 á 1876. Recibióse de abogado en 1873, fué elegido diputado en 1885 y nombrado ministro de Guerra y Marina en 1890. Después de haber tomado parte en la revolución contra la dictadura de Balmaseda, fué reelegido diputado y luego senador, y fué ministro de Justicia y de Instrucción pública bajo el gobierno del presidente Montt. En las elecciones de 1896 se le elevó á la presidencia de la república. Su administración ha abundado en crisis ministeriales provocadas por los hechos de las fracciones liberales y conservadoras para tener preponderancia en el Parlamento; pero ha conseguido el doble mérito de mantener la paz con la República Argentina y de ejecutar fielmente el programa de conversión del papel-moneda. Su período presidencial finca el 18 de septiembre próximo; pero había ya cedido el ejercicio del poder á Aníbal Zañartu, presidente del Consejo de ministros, tanto en razón de su estado de salud, cuanto por no dar lugar á que se sospechase que usaba de su influencia á favor de su hermano político Germán Riesco, candidato liberal á la presidencia. Este ha sido elegido, como se sabe, y tomará posesión de su puesto el 18 de septiembre.

Lucía E. Kemp-Welch en su taller pintando el cuadro «Lord Dundonald en las inmediaciones de Ladysmith.»—Lucía Kemp-Welch es una de las pintoras inglesas que de más nombradía gozan en su patria; sus obras están tomadas de la contemplación directa de la naturaleza, y en sus cartelas y en sus álbums abundan los croquis, los apuntes, los bocetos que traducen en cuatro trazos y en unas pocas manchas de color las momentáneas impresiones recibidas en sus correrías al través de los campos y de los bosques. A pesar de ello, este año ha presentado en la exposición de la Real Academia de Londres un cuadro de muy distinto género, *Lord Dundonald en las inmediaciones de Ladysmith*, para el cual ha tenido que valerse de los datos que acerca del país, del episodio que el lienzo representa y de los personajes que en él figuran le han proporcionado el propio general que fué protagonista de la escena reproducida y un artista que ha permanecido algún tiempo en el Africa del Sur. Pintada en estas condiciones por quien no tuviera verdadero temperamento artístico, habría resultado la tela deficiente; pero Lucía Kemp-Welch, que siente sinceramente el arte y que conoce todos los secretos de la técnica, ha conseguido, por el contrario, un gran triunfo, habiendo merecido su obra los más encomiásticos juicios de la crítica.

Salida del baile, cuadro de Román Ribera. (Exposición Rómbira.)—Sea cual fuere el tema ó asunto que elija Román Ribera para sus producciones, siempre logra despertar la atención del público y singularmente de los inteligentes. La distinción y el buen gusto constituyen la característica, cuyo resultado obtiene por la corrección y elegancia de la línea y esos tonos que de modo tan admirable se amasan en su paleta. Las gradaciones de una nota, suave, sin efectismos, sabe cual pocos extenderla en el lienzo, de suerte que á la firmeza del trazo, únese el encanto del color. Véanse todas, absolutamente todas sus obras, y entre ellas la preciosa figura que reproducimos en estas páginas, bella y ajustada á la verdad.

¡Hasta luego!, cuadro de E. Alvarez Dumont. (Salón París.)—Algunas veces, no todas las que deseáramos, nos ha cabido la suerte de poder publicar en esta Revista copias de diversas producciones de E. Alvarez Dumont. Cada una de ellas nos ha procurado el medio de hacer pública manifestación del buen concepto que nos merece este inteligente artista y de la consideración que le tributamos. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del bonito lienzo titulado *¡Hasta luego!*, inspirado en una escena sentida, observada en el humilde hogar de un labriego murciano y ejecutada con singular discreción, propia de quien, como nuestro amigo, resulta pintor aventajado y ducho en artísticas lides.

Bacante, cuadro de Francisco Masriera. (Salón París.)—Aunque sea diverso el tipo y el asunto, llevan consigo todas las obras de Francisco Masriera impreso el sello de su personalidad, hasta el punto de que no es posible confundirlas con las producciones, siquier sean similares, de otro artista. Y dicho está que aquel que logra singularizarse en tal forma, bien

adquirido tiene el elevado concepto de superioridad y maestría que se le asigna. A la *Bacante*, que figura en este número, podría aplicarse cuanto hemos dicho respecto de otras de sus



D. FEDERICO ERRAZURIZ, presidente de la República de Chile, recientemente fallecido

inimitables figuras, pues como en aquellas, llaman la atención y arrancan un aplauso la línea, la distinción y ese colorido que tan admirablemente dispone, causa siempre del mayor embellezo.

Cabeza de estudio, cuadro de Gastón Linden.

—¿Qué diremos en elogio de este cuadro que no se les haya ocurrido ya á nuestros lectores al contemplarlo? La *Cabeza de estudio* tan hermosamente pintada por el notable artista belga pertenece á la categoría de las obras que se imponen desde luego; no se necesita ni talento crítico ni grandes conocimientos artísticos para apreciarla en cuanto vale; basta saber sentir para rendirse á la impresión gratísima que produce y reconocer los atractivos que atesora. Esa cara de expresión pícarasca, sombreada por negros cabellos suavemente ondulados y que surge de entre tenues gasas, cuya blancura apenas se diferencia de la del nacarado cutis, es de una belleza sugestiva irresistible, avalorada por una ejecución perfecta que revela la mano de un maestro.

Como buenas hermanas, cuadro de E. Vidal y Firmat. (Salón París.)—Recientemente, con motivo de publicar en esta Revista una de las producciones del Sr. Vidal y Firmat, emitimos el juicio que nos merecía. Hoy sólo podemos confirmar las consideraciones que expusimos, puesto que el cuadro que reproducimos en este número revela un progreso, un adelanto, que atestigua las cualidades y aptitudes que residen en tan laborioso artista, quien se manifiesta subordinando la ejecución al concepto. La escena representada, trivial y sencilla, interesa y cautiva, puesto que ha sabido agrupar las figuras de las niñas y expresar en sus bellos semblantes la infantil impresión que les embarga, sin descuidar la forma ni incurrir en amaneramientos y efectismos.

A seguir el pintor á que nos referimos por la senda emprendida, le auguramos señalados triunfos y justa recompensa á su laboriosidad.

El esquirole en Egipto, cuadro de Federico Goodall.—El célebre pintor inglés Federico Goodall nos transporta en este cuadro á Egipto y nos hace asistir á una escena típica de aquel país, reproduciéndola con todo el colorido local que pueden desear los más exigentes: las figuras, los árboles, el suelo, el firmamento, el ambiente todo del lienzo son los propios de aquella región, y bien se echa de ver que el artista ha recorrido aquellos territorios y se ha identificado no sólo con el modo de ser físico de los mismos, sino, lo que es mucho más importante aunque más difícil, con el espíritu de raza y de pueblo que los caracteriza.

La danza, pintura sobre vitela.—La importancia que en todos tiempos ha tenido el abanico y el hecho de ser uno de los objetos de más constante uso para la mujer, han sido causa de que el arte se fijara en ellos y de que aquél acabara por ser en muchos casos, más bien que un mueble útil, una obra artística. Los más famosos pintores no se han desdiseñado en adornar las delicadas vitelas ó los finisimos rasos á los abanicos destinados con primorosas composiciones inspiradas en las concepciones más poéticas, siendo digno de notarse que este género pictórico se ha mantenido siempre fiel á las tendencias llamadas idealistas, sin duda como homenaje al gusto exquisito de la más bella mitad del género humano. El abanico que en la última página del presente número reproducimos se ajusta perfectamente á estas tendencias, y de seguro que nuestras lectoras al contemplarlo sentirán esa admiración que constituye la mejor alabanza que para sus producciones puede desear un artista. La idea que el autor ha querido desarrollar hállase expresada con laudable acierto; las figuras están pintadas con tanta delicadeza como corrección y el paisaje del fondo es de una poesía encantadora, contribuyendo á realzar las bellezas de unas y de otro la parte puramente ornamental, que aparece hábilmente combinada, así en el país como en el variado, por medio de guirnaldas de flores y de adornos que se entrelazan formando un dibujo caprichoso y elegante.



MONUMENTO ERIGIDO EN VIENA Á LA MEMORIA DE GUTENBERG, obra de Juan Bitterlich

ellas nos ha procurado el medio de hacer pública manifestación del buen concepto que nos merece este inteligente artista y de la consideración que le tributamos. De ahí que hoy nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores respecto del bonito lienzo titulado *¡Hasta luego!*, inspirado en una escena sentida, observada en el humilde hogar de un labriego murciano y ejecutada con singular discreción, propia de quien, como nuestro amigo, resulta pintor aventajado y ducho en artísticas lides.

Bacante, cuadro de Francisco Masriera. (Salón París.)—Aunque sea diverso el tipo y el asunto, llevan consigo todas las obras de Francisco Masriera impreso el sello de su personalidad, hasta el punto de que no es posible confundirlas con las producciones, siquier sean similares, de otro artista. Y dicho está que aquel que logra singularizarse en tal forma, bien

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Supongo, señorita, dijo alegremente el escultor, que ya no me tendrá usted miedo, desde el instante que me presento en tan santa compañía. Puede usted preguntar al señor y le dirá que la plata de la rectoría y de la sacristía sigue intacta.

—¡Cuando pienso que hizo usted todo lo posible por impedir que viniese á Ruillé!, dijo el cura, levantando los brazos como tomando al cielo por testigo. ¿No adivinó usted que era el enviado de la Providencia? La influencia de la capital le obscurecía á usted aún el espíritu. En vano se lo predico á usted. De nada le sirve. Empleamos ocho meses del año en limpiar su alma de la disipación que le comunica el mundo y en hacerle olvidar á usted sus arias de ópera...

—No puedo renunciar á ellos. Mis malas inclinaciones no tienen remedio, contestó la Taccart.

Y añadió, dirigiéndose en tono de profunda convicción á Norberto:

—Sé toda la gratitud que los feligreses de Ruillé le deben á usted, caballero.

—No; todavía no sabe usted nada, dijo con viveza el padre Vergeau. La primera vez que venga usted á la iglesia, no se olvide de traer sus lentes. ¡Cuando usted vea todas aquellas metamorfosis!.. Las paredes blancas, como sábanas recién pasadas por la colada; toda nuestra miseria cubierta de un velo de limpieza; San Sebastián con dos ojos, como usted y como yo — menos miopes que los de usted — ¡y un color admirable!.. Sin contar las demás maravillas que se preparan. Pero usted tiene que cooperar en ello, y poner en seguida manos á la obra para hacer los sagrados manteles del altar mayor, que estoy pidiendo hace una eternidad...

—¡Eso no!, exclamó enérgicamente la señorita Taccart... ¡Soy incapaz!

—Sí, sí, ya se sabe... Todo lo que usted emprende ha de ser malo... En contra del común de los mortales, que pecan de presumidos, usted peca por exceso de humildad... Falsa humildad, que procede de su ambición desmedida... No valen excusas. Magdalena Farguet la ayudará á usted durante sus vacaciones... Inauguraremos el bordado de usted al mismo tiempo que el bajo relieve con que el Sr. Norberto quiere adornar nuestro retablo.

La alegre volubilidad del cura no dejaba decir una palabra á la señorita Taccart.

Al anuncio de aquella noticia sensacional, Olimpia experimentó la conmoción deseada y miró á Roberto con asombro y consideración.

—¡Un bajo relieve! — Pero ¿es usted artista?

—Simplemente obrero del arte, dijo modestamente Norberto Dys.

—Pero como el señor no tiene nada á mano, añadió el cura, ruego á usted que escriba á Farguet para que nos envíe el material necesario.

—¡Pobre Farguet!, suspiró Olimpia.

—¿Vendrá Magdalena, como de costumbre, á pasar el mes de agosto en Rosellerie?

—Lo dudo.

Y la solterona movió la cabeza como asaltada de un triste pensamiento.

—Su situación es lastimosa. No puede con su trabajo. Sin embargo, sus lecciones son indispensables para cubrir los gastos de la casa y de la enfermedad de su padre, cuyo carácter se agría y no siempre es razonable. ¡Ah! No se hace gran fortuna con la profesión de artista.

—Sin embargo, dijo el cura, Farguet tenía muchos encargos.

—Sí, pero no los obtenía en competencia con sus colegas, sino á fuerza de rebajar los precios... por el orgullo de hacer el trabajo, aunque fuese á costa de su bolsillo. Además ya sabe usted que la moda cambia. Todo acaba por gastarse... y el estilo de Farguet ya no gustaba.

—¡Trabajaba de un modo tan delicado, observó el cura, y siempre en un sentido tan religioso!..

—¡Pues bien, dijo la Taccart, confidencialmente; no ha mucho, estaba yo mirando un busto de Farguet, expuesto en una tienda de marcos, cuando se pararon dos caballeros, que criticaron mucho la obra del artista. ¡Y qué cosas dijeron de él!.. ¡Que era una nulidad! Y lo peor es que Magdalena iba conmigo.

Cree que iba á romper á llorar en medio de la calle. ¡Ah! Los que se burlan sin ton ni son, por echárselas de inteligentes, no sospechan el daño que pueden causar. Los artistas han hecho todo lo que han podido, ¿no es verdad? Entonces, ¿á qué humillarlos de ese modo, exponiéndose á lastimar á las personas



Farguet permaneció largo rato examinando la mano...

que les tienen afecto? Una madre, una esposa, un hermano pueden oír esas burlas... Y con un poco de buena voluntad, no hay obra en que no pueda encontrarse siempre algo bueno.

—¡Vaya que sí!, pensó Norberto, que sabía todas las necedades mal intencionadas ó estúpidas que un cuadro ó una estatua suscitan; esta solterona tiene muy buen fondo. Quisiera yo que los señoritos y damiselas insubstanciales que se pasean por la Exposición de Bellas Artes pudiesen aprovecharse de esta lección.

—En fin, no se olvide usted de escribir á Farguet, añadió el cura, empeñado en su idea. Y ahora, estoy seguro de que al Sr. Norberto no le disgustaría probar el aguardiente de sidra que usted tiene.

Este llamamiento á las leyes de la hospitalidad hizo que la señorita Taccart saliese escapada como una flecha.

Con el gesto y la palabra manifestó á sus huéspedes que la siguiesen á la vasta cocina que servía al mismo tiempo de locutorio y de comedor en la Rosellerie.

Todo conservaba allí el orden establecido por la madre de Olimpia; sin embargo, por una puerta abierta se veía un cuarto dormitorio más moderno, con muebles de palisandro y cortinajes de cretona clara, pues la digna solterona tenía marcado gusto por las cosas bonitas y poéticas.

Su imaginación se inflamaba por las novedades; pero, por culto filial, permanecía fiel á las viejas tradiciones, y recibía á todos sus huéspedes, desde el

cura hasta el mendigo, en aquella sala baja embaldosada, donde las puertas de los armarios relucían como espejos.

Norberto, sentado, lo mismo que el padre Vergeau, á la larga mesa de cerezo pulimentado, contemplaba con placer aquel hogar patriarcal que le recordaba el suyo: la vasta chimenea, con la campana ennegrecida; los morillos de hierro forjado; la alta caja del reloj, en que la péndola de latón ejecutaba su vaivén monótono bajo la esfera de porcelana pintada.

Olimpia iba de un lado á otro; llamaba á Apolonia, su criada; se encaramaba en un taburete para alcanzar sus bizcochos, sus copas de cristal, sus botellas; despreciábalo todo á medida que lo colocaba sobre la mesa, con la desesperación de no poder ofrecer nada mejor á sus convidados.

—Aquí tienen ustedes manteca... ¡No vale nada! Parece hecho ex profeso. ¿Y estos melocotones?.. ¡Duros como madera! Esta botella de aguardiente no parece tan buena como las otras... Y el pan es duro..., hace ya días que no hemos cocido...

A pesar de aquellos nefastos pronósticos, todo fué declarado excelente. Pero ella no quiso dar el brazo á torcer.

—Son ustedes muy amables... Pero no hacen ustedes más que probar las cosas. Es la mejor prueba de que no les gustan.

Hubiera sido necesario no haber comido ni bebido en tres días, para engullir de modo que quedase satisfecha.

Intimidada al principio por Norberto, se soltó en breve, empezando á hablar de París, donde había estado dos veces siendo joven.

Contó ingenuamente sus impresiones, sus asombros, sus deslumbramientos y sus observaciones, demostrando á la vez tener un alma cándida y espíritu humorístico.

Conservaba cuidadosamente una infinidad de ilusiones que le parecían demasiado hermosas para desprenderse de ellas, y veía el mundo á través de las mismas, como en las iluminaciones fantásticas de un foco de bengala.

Mostróse, en fin, tan original y divertida, que cuando el cura al salir de la Rosellerie preguntó al artista qué efecto le había hecho la *castellana*, Roberto Dys contestó sinceramente:

—He quedado enamorado de ella.

—¡Qué lástima!, dijo alegremente el padre Vergeau; ¡qué lástima, entonces, que tenga veinte años y algunos kilos de sobra!

Transcurrieron cuatro, seis, ocho días sin que Farguet diese señales de vida.

Norberto, divirtiéndose, había tallado en madera la mano y las llaves de San Pedro, con un brío que daba al cura vivísimos deseos de verle empezar el bajo relieve.

Impaciente como un niño á quien han prometido un juguete, el padre Vergeau hablaba de ir él mismo á la ciudad en busca de los materiales necesarios.

Por la centésima vez acababa de emitir aquella firme resolución, sorbiendo el café, cuando quedó parado, con las manos puestas en forma de pantalla sobre las cejas y con la boca entreabierta, mientras que Mic y Mac se precipitaban, con el pelo erizado, ladrando á tres personas que bajaban por la escalera de la sacristía, camino favorito de los que solían visitar la rectoría.

—¡Qué sorpresa!, exclamó el cura, corriendo hacia el patio con las manos tendidas. ¡El Sr. Farguet! ¡Magdalena! ¡Olimpia!

—¡Estoy por escabullirme!, pensó Norberto, á quien disgustaba aquella invasión.

Y se escurrió detrás del madero de una ventana.

Con el cutis bilioso, la barba gris y áspera, los ojos duros y hundidos en su frente testaruda y trabajada, Farguet contestaba de un modo distraído á las cordialidades del cura, puesta su atención inquieta en Mic y en Mac que se precipitaban sobre él.

—¡Demonios de perros!.. ¡Llámelos usted, que me matan!.. Librame de ellos, Magdalena, tú que te entiendes con esa canalla... No, señor cura; no sigo bien... De lo contrario, no hubiese yo venido tan pronto á perderme aquí. Mi busto del gran vicario no está terminado aún... y el modelo del concurso de Bar-en-Bretagne, para la estatua de Monneroye

no está á punto... Pero con esta maldita fiebre, hay que dejarlo todo en suspenso. Y el médico se ha entendido con Magdalena para imponerme el reposo, el campo...

-A propósito, señor cura, tenemos que pedir á usted un favor, dijo la muchacha, de la cual Norberto no veía más que un perfil perdido, una cabeza rubia y una falda estrecha de color neutro. A papá le está prohibida la humedad. Y usted sabe que la Rosellerie se halla próxima al estanque.

-Pero la rectoría servirá de anejo, contestó el padre Vergeau. Con mucho gusto albergaré al señor Farguet... Tanto más, cuanto que sus consejos nos serán necesarios.

-¡No faltaba otra cosa! Ya le tenemos instalado en la rectoría.

Es preciso ser artista, haber errado en busca de la tierra de promisión en que ningún caballero ha clavado sus puntas, y divisar de pronto una sombrilla en el horizonte, donde se figuraba que no había otro de su especie, para comprender el horror que se apoderó de Norberto viendo instalarse tan cerca de él á un colega que violaba su soledad.

Robinson no se sintió más emocionado que él, al descubrir en la arena una huella humana.

-¡En efecto!, dijo Farguet con intención burlona; parece que tienen ustedes un artista, que ha venido á parar aquí.

-Un chico muy simpático, dijo á media voz el cura.

Y volviéndose hácia la rectoría, le llamó:

-¡Sr. Norberto! ¡Norberto!

A pesar suyo, Dys no tuvo más remedio que dejarse ver.

-Venga usted, amigo mío, á que le presente, continuó diciendo el padre Vergeau, cogiéndole del brazo. Farguet, nuestro excelente escultor religioso; su hija Magdalena, profesora de francés y de piano; Juan Norberto, adornista parisiense de muchísimo mérito, dijo el bueno del cura, acabando por donde debiera haber empezado.

-Y bienhechor de nuestra iglesia, añadió la Taccart.

-¡Señorita!.. ¡Señor cura!, decía Norberto protestando contra aquellos elogios y saludando con resignación, en tanto que gemía *in petto*:

«Señor, ¿en qué habré pecado? ¡Vivía yo aquí tan tranquilo!.. ¿Por qué se me echa encima esa horda de bárbaros?»

-¡Ah! ¿Es usted de París, joven?, preguntó Farguet con protectora familiaridad... Supongo que irá usted de vez en cuando al Louvre y á los *Salones*; ¿va usted?

-Como todo el mundo, contestó evasivamente Norberto.

-¿Ha visto usted el último? ¡Qué decadencia!

-Yo no la encuentro, dijo tranquilamente el escultor.

-¡Vamos!, replicó Farguet, elevando su tono autoritario; si no hay nada..., absolutamente nada..., un puro galimatías... Todo se hace por protección, por apoyo de camarilla... ¡Qué decadencia!

-¿Tenía usted algo expuesto allí, en el Salón?, preguntó el artista con aire de sencillez.

-¿Yo?, exclamó Farguet, con soberbio desdén, ¡yo estoy por encima de todo eso! Me río de su Salón. Desde el momento que uno no envía desnudos escandalosos, puede estar seguro de que no le admiten sus obras... Ya no hay nobleza, ni estilo, ni ideal, ni fe... Gente hábil y nada más. Farsantes y bobalicones... Y la mejor prueba de esa nulidad universal, del mal gusto dominante, está en que los críticos se extasían ante las figuras fabulosamente grotescas de ese insensato de Romain... La gente admira eso, porque está de moda el admirarlo. A mí... me indigna. Y aquello indignaba también á Norberto y le centelleaban los ojos.

Aquel charlatán empezaba á calentarle los oídos. Abrió la boca para defender su arte y glorificar al gran Romain, su maestro venerado á quien aquel mercader de imágenes osaba morder en los talones. Pero su arranque fué detenido por la intensa ansiedad de dos ojos azules clavados en él.

-¿Para qué?, decía elocuentemente aquel mudo ruego... Bien veo que no es usted de su parecer. Pero téngale usted lástima... No es más que un viejo enfermo á quien pone calenturiento la contradicción.

Y Norberto se contuvo ante la visible ansiedad de la señorita Farguet.

En aquel momento, el cura exhibía triunfalmente la mano de San Pedro.

-¿Qué tal? ¿No está bien tallada? ¡Y con instrumentos tan rudimentarios!.. Está hecha jugando... Hace lo que quiere.

-Miren ustedes esas uñas..., parecen naturales, decía con entusiasmo la Taccart.

Farguet permaneció largo rato sin decir nada, examinando la mano en todos sentidos.

-No está mal, dijo al fin y como á la fuerza... No le falta á usted habilidad natural... ¿Entonces va usted á emprenderla con la arcilla? ¡Jem! Eso es otro cantar. En fin, de audaces es la fortuna... En todo caso, estoy á su disposición para darle algún consejo, terminó en aquel tono de protección que crispaba á Norberto.

Este no pudo ya contenerse; y en tanto que todo el mundo se dirigía á la iglesia, el escultor huyó por el huerto, bajó al fondo del valle, atravesó el río por el puente de madera y anduvo errante por la campiña hasta que anocheció.

-¿Qué falta les hacía venir á turbar la calma de este desierto y á robarme al cura?, decía, malhumorado, para sus adentros. Después de todo, no tengo obligación de soportar su compañía y me retiro á mi tienda.

Durante dos días se hizo invisible para la gente de la rectoría. Salía del mesón al amanecer y vagaba hasta que el hambre le obligaba á volver en busca de la comida que Mariquita le tenía preparada, y pasaba las veladas en el jardín ó en el salón de la posada, que permanecía desierta en los días de trabajo.

Reducido á hablar con la hostelera ó á contemplar á los chiquillos que se pegaban de narices en la vitrina para mirar los botes de caramelos y las estampitas, Norberto bostezaba de hastío y se acostaba con las gallinas, echando de menos las conversaciones del cura.

-Estoy por irme á otro lado, pensaba. No tengo más que coger mi bastón y mi maleta. Pero ¿dónde encontraré un rincón más agradable?

Con la apatía del conejo agazapado en su madriguera, experimentaba el melancólico embarazo que causa la libertad completa, y encontraba una infinidad de motivos para quedarse en Ruillé.

-¿Dónde ir? En esta época del año, la humanidad entera cambia de sitio, á riesgo de comprometer el equilibrio del globo. No se puede subir á un tren ni á un buque, ni aun á un globo, sin tropezar con algún conocido. No daré dos pasos sin que esto me suceda, pensaba Dys. Y luego, eso de comer como un rebaño en las mesas redondas, ó como patos en torno de una artesa!.. ¡Vivan los colchones de plumas y las sopas con tocino de la tía Mariquita!

Una tarde en que regresaba por la pradera á fin de no encontrarse con nadie, hallóse de pronto en presencia del padre Vergeau. Algo confuso, Norberto quitóse su gran sombrero de segador y trató de excusarse.

El cura, algo emocionado, le interrumpió:

-¡Por Dios, caballero!, no vaya usted á creer que yo quiera cometer la indiscreción de perseguirle... Es natural que tenga usted necesidad de descanso, después del trabajo hercúleo que realizó... Sí, hercúleo...

-¡Cuestión de musculatura!, dijo Norberto riendo.

-Y de generosa benevolencia... Nunca se lo podré agradecer bastante. Sin embargo, vengo á pedirle á usted otro favor: que me sacrifique usted el día de mañana... Convido á mis amigos... y... me atrevo á esperar... que no se negará usted á darme este gusto...

Algo inquieto, se le trababa la lengua.

¡Aquel parisiense semiartista gastaba un humor tan caprichoso!..

Peró Norberto aceptó, sin hacerse rogar, comprendiendo el disgusto que con su negativa hubiera causado al santo varón.

Este respiró como si se quitase un gran peso de encima.

Norberto acompañó al cura hasta la puerta del cementerio que rodeaba á la iglesia con sus tapias medio desmoronadas.

Un campanillazo de la rectoría anunció una visita.

El padre Vergeau se detuvo y tendió la mano á Norberto, diciéndole en voz baja:

-Temí que mi huésped le hubiese espantado un poco, ó quizá ofendido con su tono seco. Cierto es que siempre se las ha tenido muy tiesas; pero, en el fondo, es una excelente persona... Se formó solo... La gente no le aprecia en todo lo que vale... y eso le agría el carácter. ¿Ha visto usted su Juana de Arco en la plaza de Armas de Saily? ¿No es verdad que está bien?.. Se pueden contar los anillos de la cota de malla.

Norberto reprimió una sonrisa.

Sí, recordaba la pobre heroína, lamentablemente embutida en su armadura, que le había hecho reír al pasar por la ciudad.

Armadura sin vida, de una ejecución penosa, en que la ignorancia no tenía el encanto de la candidez,

era, en efecto, la obra del hombre que adivinaba en Farguet, presuntuoso, impotente, propenso á vengarse de su falta de éxito hablando pestes de los demás.

Pero Dys se guardó mucho de tocar á la admiración tan bien sentada en el alma benévola del cura.

-No la examiné bien, dijo con un gesto vago.

-En cuanto á Magdalena, es la Antígona cristiana... ¡Ah! Me llaman. Hasta mañana, amigo mío, sin falta.

-Hasta mañana, afirmó Norberto con aire franco. El cura se alejó á paso ligero.

Norberto saltó por encima de la piedra que cerraba la entrada lateral del cementerio, con la súbita idea de ir á ver si San Sebastián se había secado lo bastante para poder recibir los últimos retoques.

Abrió la gran puerta detrás de la cual colgaba la cuerda de la campana.

La obscuridad empezaba á invadir los rincones, al nivel del suelo.

A la altura de las estrechas ventanas, la luz atravesaba la nave en forma de faja blanca, difundiéndose imperceptiblemente en una neblina plateada que acaba por perderse en la penumbra creciente.

En el misterio de aquella hora, el humilde y rústico santuario parecía agrandarse y se hacía imponente como una catedral.

Era el asilo del recogimiento, de la esperanza, del dolor, que parecían condensarse allí, para elevarse al cielo como la aguda flecha del campanario.

El alma artística de Norberto Dys, que vibraba á todas las impresiones, había experimentado ya la dulce influencia de aquellos crepúsculos en la iglesia.

Entonces le gustaba encontrarse solo en el silencio, en medio de aquella semiobscuridad creciente, hasta que la campana cascada enviaba el *Angelus* á todos los ecos del valle.

Detúvose, contrariado, sintiendo turbadas sus hermosas sensaciones por una silueta que divisó arrodillada ante al altar de la Virgen.

Blanca en la penumbra, con la línea serpentina de dos trenzas que caían por encima del traje claro, Magdalena Farguet, con los ojos fijos y los labios entreabiertos, se hallaba sumida en una meditación tan profunda, que los pasos de Norberto no la habían distraído.

Este permaneció de pie en la crujía paralela, indeciso, temeroso de interrumpir aquella meditación y de encontrarse de pronto en presencia de aquella joven que había evitado de una manera algo descortés.

Esperó que se marchase. Pero ella parecía encontrarse también á satisfacción en el templo, y no se movía.

Apoyada de codos en el respaldo del banco de roble que tenía delante, y con la mejilla en sus manos juntas, conservaba su actitud meditabunda.

Maquinalmente, con el gesto propio de los artistas, Norberto dibujó en el aire con el dedo pulgar los elegantes contornos de la muchacha.

-¡Bonito conjunto para una Virgen orando!

Transcurrieron algunos minutos.

La señorita Farguet se levantó, hizo la señal de la cruz y se alejó por la portezuela lateral.

Agrandada por la soltura de las líneas de su talle esbelto, de su cuello delgado, de las espaldas estrechas, parecía deslizarse en la obscuridad, como una aparición sobrenatural.

-Un pintor sacaría partido de esta aparición, con este efecto de luz, pensó Norberto puramente impresionado desde el punto de vista estético.

Y encontrando á San Sebastián bastante seco, salió á su vez de la iglesia.

IV

Bajo el ojo paternal de Pío IX y de León XIII, que en sus marcos se sonreían con indulgencia, terminaba el festín en la sala principal de la rectoría — la que no se abría sino para las grandes solemnidades á que daban lugar las visitas pastorales y las conferencias.

En contra de las previsiones de Norberto, había reinado la mayor cordialidad entre los comensales.

¿Quién era capaz de resistir mucho tiempo al comunicativo buen humor del padre Vergeau y á la charla de la señorita Taccart, su digna interlocutora?

Hasta las cosas parecían obedecer á su influencia.

El rayo de sol que jugueteaba en la vajilla, en la frente de Farguet y en las canas de la señora de Vergeau; las avispas, matizadas de oro y negro, que revoloteaban en torno de los melocotones aterciopelados, parecían haber entrado allí para regocijarse con todo el mundo.

Mic y Mac, después de un período de excitación, causada por el suave olor de las salsas, digerían aho-

ra, echados fraternalmente el uno en las patas del otro, encima de la mullida butaca que servía de trono á Su Ilustrísima cuando se dignaba detenerse en Ruillé.

Las ideas de los convidados flotaban en un ambiente de amable pereza, y los espejuelos del cura centelleaban de satisfacción mientras escanciaba el vino de Anjou en rueda.

- Vamos, señorita Olimpia... Las últimas gotas de la botella. Se casará usted este año.

- ¡Con el prestidigitador de la feria de Saily!, dijo Farguet con brillo malicioso en sus ojos hundidos. Es la última pasión de Olimpia.

- Es un hombre de una distinción verdaderamente aristocrática, dijo ésta con aire sentimental.

- Constituiría usted un atractivo más para su barracón, observó el escultor, que abusaba del excelente carácter de su prima, y se excedía en sus bromas.

- ¡A mi felicidad!, dijo Olimpia tendiendo su copa sin escandalizarse.

- ¡La boda va á ser de primera!, exclamó alegremente la madre del cura.

- Y la novia también, añadió Farguet. ¿Se vestirá usted de blanco, mi señora prima?

- ¿Por qué no? Nunca se habrá visto tanta ropa blanca tendida á lo ancho sobre una desposada. En cuanto á la corona de azahar, seguiré el consejo de la vieja Mariona, que aseguraba que á los cincuenta años cumplidos (y yo me encuentro en ese caso), una ex joven debe enarbolar como diadema pequeñas naranjas verdes.

Una brusca carcajada estalló cerca de Norberto, tan clara, tan infantil, tan inocente, que el joven volvió la cabeza diciendo:

- ¡Gracias á Dios! ¿Por qué no se ríe usted más á menudo?

- Por temor de perder la costumbre, contestó Magdalena con los ojos húmedos y sus dientes blancos aún descubiertos.

Desde el principio de la comida, la muchacha sorprendía á Norberto con la movilidad de expresión que revelaba una naturaleza impresionable.

De pronto, teniendo aún grabada en su retina la elegante silueta de la iglesia, había experimentado una desilusión.

¿Dónde estaban las trenzas colgantes, el traje claro, el suave abandono de la actitud?

Magdalena Farguet se le había presentado á la mesa peinada como todo el mundo, habiendo endosado de nuevo, con el vestido gris de maestra, la rigidez inherente á sus honrosas funciones.

«¡Una santurróna insípida!», - pensó en conclusión Norberto desilusionado.

Y al principio de la comida hizo poco caso de aquella vecina de mesa, que suponía pedante, mientras que desplegó mucha más amabilidad con la buena Olimpia, cuyas ocurrencias le divertían.

Pero aquella negligencia, que hubiera debido mortificar á la joven, tranquilizó su timidez.

La animación creciente acabó por sacarla de su reserva. El velo que ocultaba su fisonomía cayó poco á poco. Dejó que sus labios, ordinariamente pegados, se sonriesen, y sus ojos se animaron con alegres fulgores. Y cuando, alentados por la sencillez de modales de Norberto, se fijaron en él, la profundidad de aquellos ojos sorprendió al joven escultor.

Atraían irresistiblemente, pues con ser tan azules, eran los únicos puntos oscuros de aquel rostro amasado con luz clarísima.

El cabello, de un matiz dorado sedoso, se confundía casi en la raíz con la blancura del cutis.

Todo lo que pasaba en el fondo del alma asomaba á aquellas pupilas azules, rodeadas de negro, en que las rubias pestañas echaban un reflejo verdoso.

En seguida Norberto pensó que las lágrimas debían brotar fácilmente de aquellos ojos. Y pudo presentírlo cuando, volviéndose hacia ella para pasarle un plato de fruta, la sorprendió mirando angustiosamente á su padre que bebía de un trago su copa de vino. El reto de la mirada de Farguet al encontrarse con la de su hija, hizo comprender á Norberto el drama íntimo de aquellas dos existencias.

Dys adivinó la fuente en que el hombre desalentado buscaba el olvido momentáneo, la fuerza ficticia, y la penosa lucha en que se aniquilaba aquella muchacha.

La profunda compasión que los fuertes experimentan ante el sufrimiento de los débiles se apoderó de Norberto, y le inspiró la idea de distraer á Magdalena de sus preocupaciones, á fin de que al menos pudiese aprovecharse de aquella estación para respirar más á sus anchas.

Obligóla á salir un poco de sí misma, á mezclarse en la conversación general, y al fin consiguió hacerla reír de veras.

Después de lo cual le parecía otra muchacha distinta, con las mejillas sonrosadas y la animación en los ojos.

«Sería bonita si viviese dichosa - pensaba él. - Le falta aire y alegría.»



La señorita Farguet se levantó, hizo la señal de la cruz...

- ¿Por qué no?, dijo en voz alta contestando á la reflexión de la muchacha. Reír es una buena y sana costumbre.

- Para el común de los mortales, no digo que no; pero en manera alguna para una institutriz que ha de compensar su excesiva juventud con su gravedad. Así y todo, son hartas las veces que me hacen esta objeción exasperante: «Es usted demasiado joven.»

- ¿Qué edad tiene usted?

- Veintidós años. Desgraciadamente, parezco más joven de lo que soy, según dicen.

Y Magdalena exhaló un ligero suspiro.

- ¡Qué pena! Entonces usted quisiera tener un talle así de ancho, el pelo gris, arrugas en la frente, la nariz colorada y todos los adornos de la edad. Tranquilícese usted, que todo vendrá á su tiempo. Mientras tanto, siga usted así, tal como es ahora, el mayor tiempo posible.

- ¡Bah! ¿De qué me serviría?

- La juventud es un defecto de que uno se corrige cada día. Mas por el momento, y mal que le pese, es usted joven y está de vacaciones. Aprovechese usted de ambas cosas.

Norberto, después de una brevísima pausa, añadió en tono confidencial:

- ¿Sabe usted que al principio me inspiró usted tanto respeto, que no me atrevía á mirarla? Pero ya estoy tranquilo. Puede usted reírse y abandonar su rigidez de mentirijillas... Déjela usted para la clase, con la tiza, las mangas postizas y el mandil que deben ser de rigor... y todo lo fastidioso.

- ¡Hay preocupaciones que no la abandonan á una jamás!, dijo en voz muy baja, dirigiendo una triste mirada á su padre.

Levantáronse de la mesa para pasar al huerto - al salón verde, como decía el cura, - donde la señora Vergeau había tenido la buena ocurrencia de hacer servir el café.

Sentáronse debajo de los manzanos en que el fruto empezaba á madurar.

La conversación decaía en una soñolencia universal, arrullada por el zumbido de los mosquitos. Según costumbre del país, se habían sentado á la mesa á las doce en punto, y aún era temprano.

La Taccart propuso un juego de naipes que las personas mayores aceptaron con gusto.

- ¿Quiere usted que vayamos á pescar al extremo de la pradera, en vez de manosear la baraja?, preguntó Norberto á Magdalena.

Esta echó una codiciosa mirada á los álamos que alineaban su opulento ramaje al borde del río.

- ¡Veo que acepta usted mi proposición!, dijo Dys á la vez que se levantaba para ir en busca de los anzuelos.

En pocos minutos todos los enseres de pesca estuvieron preparados, y los dos jóvenes bajaron la pendiente herbosa.

- No prometo á usted coger ningún salmón, dijo Norberto; pero supuse que sus pobres veinte años, que maltrata usted con tanto desdén, estarían dispuestos á moverse un poco.

El joven abrió una barrera á la orilla del río.

Siguieron durante algunos minutos un sendero que ceñía el pie de la colina, y se detuvieron en una especie de caleta en que el río formaba un remanso azul bajo unos sauces.

- ¡Qué bonito paraje!, exclamó Magdalena sentándose en un peñasco.

La sombra de las ramas se extendía en manchas oscuras, salpicadas de sol, por el suelo musgoso y la silvestre espesura de helechos y zarzales, donde los rosados brezos y las vainas de oro de las aulagas brillaban como joyas desparramadas.

El riachuelo serpenteaba por la pradera, delineado por su cenefa de árboles.

Troncos atravesados servían de puentes. Anchas piedras musgosas, ribeteadas de plata, dividían la mansa corriente.

Las nubes y las hojas mecidas por el aire delineaban en la transparencia del agua su sombra fugitiva.

Norberto creyó recordar, por haberla visto no sabía dónde, aquella transparencia cristalina, y guiado por su vago recuerdo, miró los ojos de Magdalena, abismados en su contemplación.

- ¿Tiene usted muchas ganas de pescar?, exclamó él de pronto dejando cañas y sedales en el suelo. ¿No le parece á usted cruel turbar la tranquilidad de esos pobrecitos peces? Propongo á usted una pequeña y sencilla diversión. Mirar y no pensar en nada.

- ¡Esto es!, exclamó jovialmente Magdalena con las manos cruzadas y los brazos ceñidos á las rodillas. ¡Escuche!.. ¿Qué pájaro es ese que canta?

- ¿Pero qué les enseñan á ustedes en los colegios?.. Es una curruca... Yo, que no soy más que un parisiense, conozco ese pajarito... Ese otro, que canta ahora su *sic sic sic meria*, es un pinzón. El que se ríe de una manera sarcástica para burlarse de ellos - y quizá también de nosotros - es un pico verde.

- ¡Pero usted les conoce todos!

- ¿Es usted capaz, á pesar de ser mujer, de estar-se callada cinco minutos?

- Creo que sí, contestó Magdalena, á quien divertía la originalidad de su compañero. Poniendo mucha fuerza de voluntad...

- Pues cálese, pero escuche... Y hasta mejor será que cierre usted los ojos, para que la impresión sea más fuerte. Va usted á oír la verdadera sinfonía pastoril, cuyo eco nos ha dado Beethoven. La naturaleza es siempre superior al arte... Pero antes de empezar, voy á servirle á usted un programa explicativo, como se acostumbra en los conciertos... De pronto, nada... No oírá usted nada... Luego, su tímpano se acostumbrará..., empezará usted á oír un vago zumbido que irá pronto *en crescendo*, hasta ensordecirla. Es el preludio... Todo lo que vuela, se desliza, salta, vibra ó bulle, tiene su voz en la inmensa armonía. Sobre el acompañamiento, las primeras partes desarrollarán el tema de la melodía, bordando variaciones. El ruiseñor y el jilguero desplegarán su habilidad. El mirlo, la oropéndola y el picoverde desempeñarán sus papeles cómicos... ¡Atención!.. ¡Una, dos, tres!.. Un compás de espera... ¡Cierre usted los ojos!..

Magdalena, dócil y de buen humor, bajó en seguida los párpados y permaneció un instante quieta.

El blanco nacarado de sus dientes asomaba por entre las rosadas líneas de sus labios sonrientes.

- ¡Esto es maravilloso!, exclamó abriendo los ojos al cabo de algunos minutos. Una verdadera iniciación.

(Continuará)

LAS JOYAS

EN LOS SALONES DE PARÍS DE 1901

Si se consideran como joyas todos los objetos expuestos que llevaban esta denominación, bien puede afirmarse que el número de las mismas era poco menos que incalculable, porque llevados de una especie de frenesí por el arte nuevo, los artistas se han en-



RELOJ-CHATELAINE, de Becker y Richard

tregado á un verdadero abuso de imaginación que podría llegar á ser funesto para sus esperanzas.

Pero en medio de un montón de fantasías más extrañas que artísticas, atraían las miradas algunas realmente encantadoras, joyas en el genuino sentido de esta palabra. En el Salón de la Sociedad Nacional llamaban la atención las instalaciones de Dabault, Jacquín, Lambert y Templier, Carrabin, Nau, Wolfers, Mangeant, Nocq, Sras, Guffroy, Anita Nonfard, Pedro Selmersheim y sobre todo la de Lalique; en el de los Artistas franceses, admirábanse iguales bellezas en las instalaciones de Cherrier, Falguiere, Bonny, León Ruffe, Descomps, Chalon, Gueyton, Dufrene, Lelievre, Blanchot, Jorge Fouquet (uno de los más reputados iniciadores del arte moderno), y de los hermanos Falize, que progresan siempre con prudencia, pero de un modo delicioso, por la nueva senda.

Observábase, en general, en ambos salones una tendencia á resucitar las chatelaines: M. Haas exponía algunas bellísimas en su vitrina; M. Verger presentaba una colección preciosa, debida á la colaboración de Becker y Richard, de la que reproducimos algunos ejemplares en esta página.

Entre las joyas de otro género que en este Salón figuraban son dignas de citarse un imperdible, «la Pureza», del pintor esmaltador Houillon; un broche para collar de Descomps; un alfiler tan elegante como sencillo de Dufrene; una hebilla para cinturón de los mencionados Becker y Richard, y un imperdible, «la mujer y las margaritas», de composición y factura delicadísimas.

Muchas más joyas debidas á excelentes artistas se admiraban en aquellas exposiciones, pero la falta de espacio nos priva de hacer de ellas mención detenida.

Al lado de estos objetos que pueden estimarse como modelos en sus respectivos géneros, había ciertamente algunos extravagantes que deben cali-

ficarse de errores de artistas movidos por el solo deseo de hacer gala de originalidad. Los tales artistas han dejado volar su imaginación, y en su afán por elevarse á regiones nuevas, han olvidado los princi-



RELOJ-CHATELAINE, de Becker y Richard (nuevo modelo)

pios de la escuela, las reglas que siempre y á pesar de todo han de presidir en la creación de las obras de arte. Es de esperar que estos artistas, que sólo han pecado por exceso de celo, habrán modificado en el año próximo sus exageradas tendencias.

El estilo moderno ha dado al arte de las joyas un considerable impulso y ha aportado á él un concurso valiosísimo, llamando á la naturaleza á coadyuvar á los adornos de la mujer; mas es preciso no comprometer el éxito legítimo que ha obtenido, dando al olvido el gusto para no presentar á las delicadezas femeninas más que lo fantástico. — V. de R.

* * *

PISTA VELOCIPÉDICA AÉREA

A medida que se ha ido desarrollando la práctica del ciclismo, la necesidad de buenas vías de circulación para los ciclistas que desean dedicarse sin fatiga á este deporte ha hecho que en todas partes se multiplicaran las pistas velocipédicas. No nos referimos á las pistas para carreras, dispuestas las más de las veces en forma de círculo ó de óvalo, que nunca pueden producir en el velocipedista la ilusión de un paseo, sino que le obligan á dar vueltas como la ardilla en su jaula, sino de las llamadas aceras ciclables, que con gran frecuencia son paralelas á las carreteras y que algunas veces están trazadas á través de los campos para recreo de los entusiastas por esta clase de ejercicio.

Gracias á la iniciativa de ciertas asociaciones, especialmente en Francia, muchas de esas vías están realmente bien instaladas y su trazado hábilmente escogido; pero nada puede compararse desde este punto de vista con la pista aérea que recientemente se ha construído en California entre Pasadena y Los Angeles.

Conviene hacer constar que California es un país muy frecuentado por los ciclistas, ante todo por la dulzura de su clima durante el invierno, es decir, en la estación en que las regiones del Este son impracticables para los velocípedos. En general, los caminos terrestres son sumamente malos en toda la Confederación, pudiendo decirse que casi no existen; y en la actualidad los automovilistas están agitando la opinión pública á fin de que los diversos Estados establez-

can esas vías de indiscutible utilidad bajo todos conceptos. En California, este ramo está mejor atendido, pero los caminos presentan á veces pendientes muy rápidas que nadie se ha cuidado de rectificar y que ofrecen muy pocos atractivos á los ciclistas más apasionados. Por esta razón se constituyó hace poco en Pasadena una compañía con el objeto especial de construir, á fin de atraer á los visitantes deseosos de practicar el velocipedismo sin grandes esfuerzos,

una vía ciclable entre el corazón mismo de Pasadena y la plaza central de Los Angeles. Era preciso que esta vía presentara una superficie muy lisa y una pendiente bien dispuesta para que no se fatigaran los que la siguieran. Añadamos que se ha procurado también para los aficionados á los paisajes establecer bellos puntos de vista sobre el campo, para lo cual se la ha hecho pasar, en una gran parte de su extensión, por entre las arboledas que pueblan la campiña californiana.

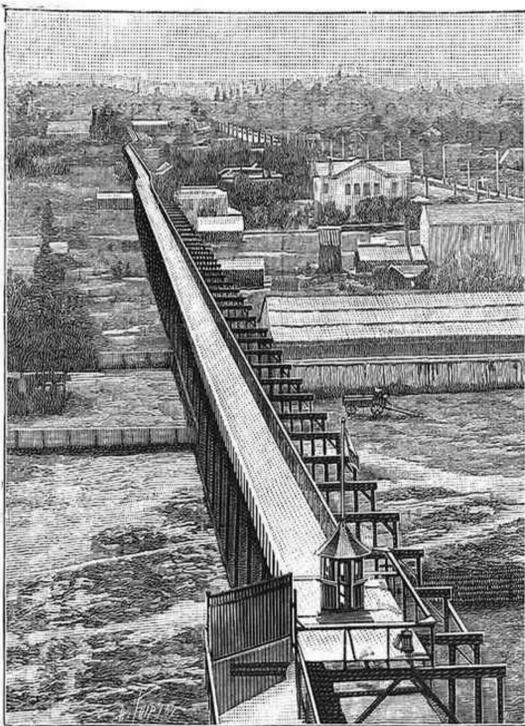
El grabado que reproducimos en esta página, tomado de una fotografía, permite formarse una idea del sistema de construcción de esa curiosa pista: la vista está tomada en el extremo de Pasadena, en los arrabales y por ende en un sitio en que puede apreciarse su aspecto pintoresco.

Se parece á los famosos ferrocarriles «elevated» de Nueva York, en que el armazón es de madera en vez de ser metálico; se observará que por un lado las armaduras transversales sobresalen mucho con relación á la plataforma, lo cual se debe al propósito que tiene la compañía constructora de aumentar la anchura de la pista si ésta tiene el éxito que se espera. En tal caso, una mitad de ella sería reservada á los automóviles.

La compañía que ha ejecutado esta obra, y que lleva el nombre bastante característico de «California Cycleway Co.» ha estudiado detenidamente el trazado antes de emprender los trabajos. La pen-



RELOJ-CHATELAINE, de Becker y Richard



PISTA VELOCIPÉDICA AÉREA EN CALIFORNIA

diente de la plataforma no excede en ningún sitio del 3 por 100 y por lo general no es más que de 1 ¼ por 100. La vía aérea se extiende en una longitud de 16 kilómetros y tiene un ancho suficiente para que por ella puedan pasar de frente cuatro máquinas. A cada lado se levanta un parapeto á fin de evitar toda caída.

Para que la pista sea practicable aun de noche, se han colocado lámparas de incandescencia á cada 60 metros. En los extremos de la misma hay un edificio en el que se encuentran apartaderos para las bicicletas y talleres de reparación perfectamente instalados, encargándose la compañía de la custodia y conservación de máquinas, así como de alquilarlas.

La vía asciende hasta las cimas de pequeñas colinas, desde donde se goza de la hermosa vista de la Sierra Madre, y en algunas de esas eminencias se proyecta establecer casinos, en los cuales podrán encontrar los ciclistas descanso y refrigerios, al mismo tiempo que disfruten de un espectáculo delicioso y de un panorama admirable, limitado á lo lejos por las azules aguas del Océano Pacífico.

El coste de construcción de esta curiosa pista ha sido de 950.000 francos. La compañía cobra 50 céntimos por facilitar el permiso para recorrer ese delicioso paseo, siendo cada billete de entrada valedero para todo el día. Es de suponer que la empresa será de grandes resultados económicos, pues dado el número de ciclistas que frecuentan la región, se calculan los ingresos en unos 100.000 francos anuales.

D. BELLET.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

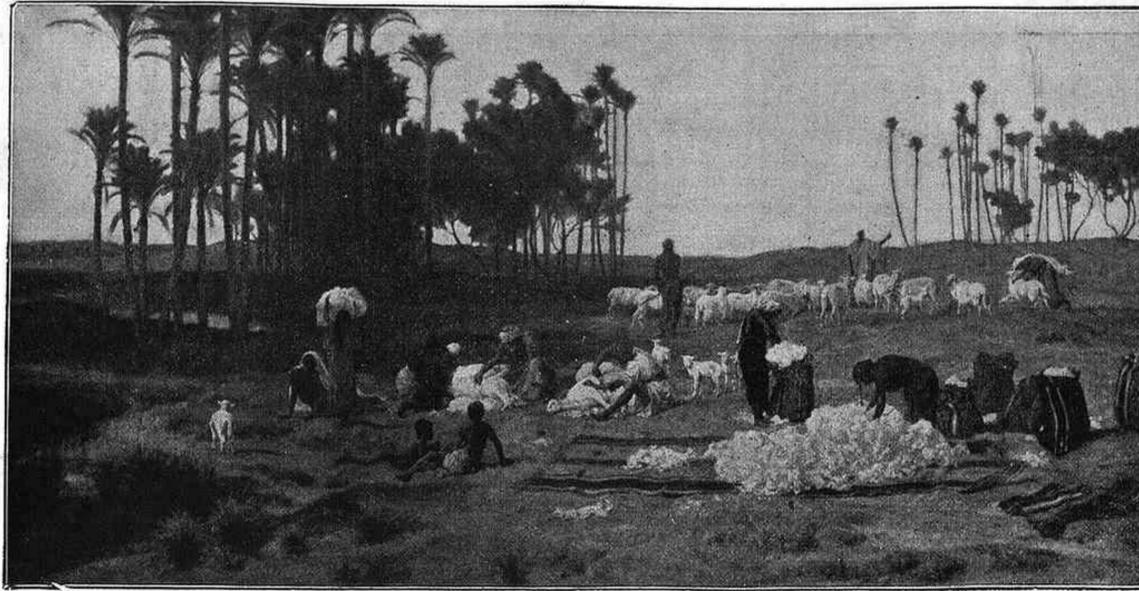
POR AUTORES Ó EDITORES

EL HOGAR DE UN SOLTERO. — EL HIJO MALDITO. GAMBARA. MASSIMILLA DONI, por II. de Balzac. — Forman estas novelas dos tomos de la biblioteca que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso. Tratándose de obras del

ilustre escritor francés, cuyo elogio habría de resultar ocioso, nos limitamos á decir que están muy castizamente traducidas por D. Manuel Aranda y Sanjuán, y que se venden cada tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadrado en tela.

MARAVILLOSO LIBRO DEL DESTINO, DE LA DICHA, DEL AMOR Y DE LA FORTUNA, por *Electoriana*. — Contiene este nuevo oráculo 180 preguntas con sus correspondientes respuestas perfectamente morales que se obtienen por un procedimiento sencillo. El libro, editado en Barcelona por don Manuel Saurí, se vende á una peseta.

CANTS DEL COR, per *Joseph Guardiola Bonet*. — En todas las composiciones que constituyen esta colección se refleja el alma de un verdadero poeta que siente hondamente el amor, la patria, la fe, la naturaleza; en una palabra, todos los grandes ideales de la humanidad y sabe expresarlos en forma galana, sencilla, en armoniosos versos esmaltados de bellísimos pensamientos. *Cants del cor* ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Joaquín Collazos y se vende á dos pesetas.



EL ESQUELEO EN EGIPTO, cuadro de Federico Goodall

LOS APÓSTOLES, por *Ernesto Renán*. — Esta obra y el nombre de su autor son sobrado conocidos para que estimemos ocioso ocuparnos de una y de otro. Por esto únicamente dire-

el dominio de la forma. Los tomos *De mi viña* y *Meteoros*, que llevan bonitas ilustraciones de B. Gili y Roig y de J. Torres García respectivamente, se venden á dos pesetas cada uno.

mos que la casa barcelonesa Maucci ha hecho de ella una bonita edición, ilustrada con ocho láminas, que forma dos tomos, los cuales se venden á dos pesetas.

DE MI VIÑA, por *M. Morera y Galicia*. — **METEOROS,** por *Juan Alcover*. — La «Biblioteca Elzevir ilustrada», que con tan merecido éxito edita en Barcelona D. Juan Gili, ha publicado estos dos tomos, que son los volúmenes XXII y XXIII de la misma. Las composiciones de Morera son eminentemente subjetivas, reflejan estados de ánimo, emociones hondamente sentidas y con sinceridad expresadas en fáciles y dulcísimos versos esmaltados de imágenes hermosas, de bellísimos pensamientos. Las de Alcover, no menos inspiradas, se distinguen algunas de ellas por su vigor, otras por su carácter descriptivo, los poemas por su interés dramático, los apólogos por la lección que entrañan, los cuentos por la facilidad con que están escritos y todas ellas por

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA
Espotos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878
SE SUPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
en las principales farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. 21 St-Denis, 46

PILDORAS DEFRESNE
A LA **PANCREATINA**
Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris.
DIGESTIVO el más poderoso
el más completo
Digiere no solo la carne, sino tambien la
grasa, el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE proviene
de las afecciones del estómago y facilita siempre
la digestion.
POLVO - ELIXIR
En todas las buenas Farmacias de España.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

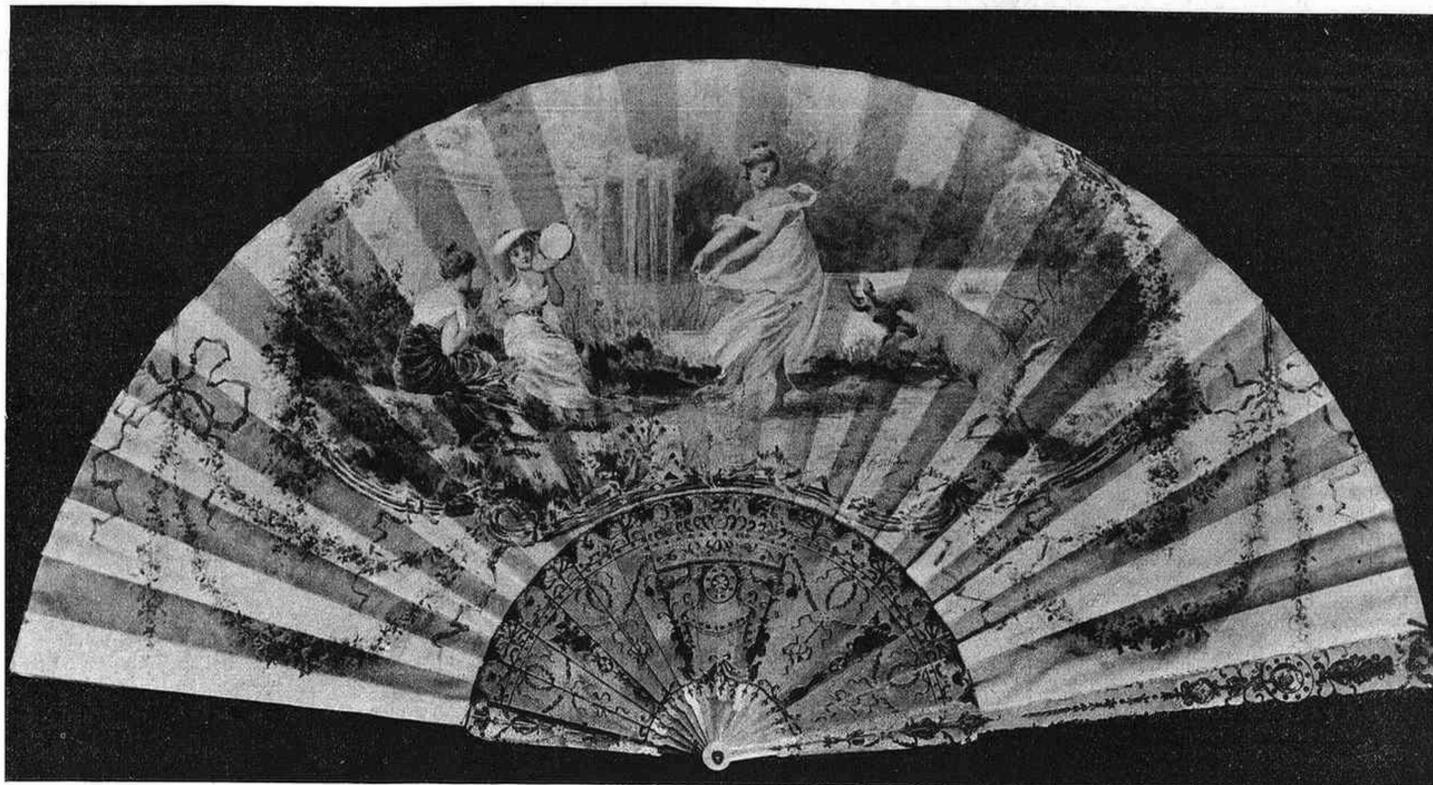
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**, **Bronquitis, Asma, etc.**
Empleado con el mejor exito
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 2, rue J.-J. Rousseau, Paris.



LA DANZA, pintura sobre vitela. (Abanico modelo Duvelleroy.)

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPETE ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE B^{IN} BARRAL
 disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FOMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.
 EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS RES
JORET Y HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{IA} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S⁻Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

• Fábrica, Especidiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO : 12 RSZLES.
 Escribir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
 CLIN y COMAR — PARIS
 En todas las Farmacias.
 650

HARINA lacteada NESTLÉ
 Proveedor de la Real Casa
 26 Diplomas de Honor.
 31 Medallas de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS
 Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la leche pura de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias. Para pedidos dirigirse á **MIGUEL RUIZ BARRETO** Jerez de la Frontera.

CREME DE LA MECQUE DUSSE MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
 Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
 1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
 Se vende en las principales Parfumerias, Barberias y Bazaros.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN